

# San. Quintín

revista de narrativa, publicación bimestral noviembre/diciembre 1996

## 106

David Ojeda

Ariadna Ramírez Garagorri

Mario Anteo

Graciela España

Eligio Coronado

Luis Humberto Crosthwaite

\$10.00  
\$3.00 Dlls.

A R M A S  
L E T R A S

*Adolfo Castañón*  
*Francisco Cervantes*  
*Gabriel Contreras*  
*Margarito Cuéllar*  
*Roberto Escamilla*  
*Felipe Garrido*  
*Homero Garza*  
*José María Infante*  
*Víctor Niemeyer*  
*Wallace Stevens*  
*Ricardo Yáñez*

PRÓXIMO NÚMERO

*Tarín & Contreras*  
P U B L I C I D A D  
S.A. DE C.V.

PCo  
MAC  
**Preprensa**  
División de

*Salida  
electrónica*

*Digitalizaciones*

*Transfers  
y Respaldos*

*Modificación  
de Selección*

*Prueba de color*

*Impresiones  
(laser byn o  
inkjet color)*

Matamoros 1415 pte. Col. Obispaño  
Monterrey, N.L. México C.P. 64040  
T: (8) 343-3240, 340-1741, 340-1879, 340-1935  
F: (8) 345-9979 E-mail: atarin@mail.giga.com

San  
**Quintín**  
106  
revista de narrativa, publicación bimestral

**En la Celda de Trabajo**  
Sabina Bautista  
Graciela España  
Pedro de Isla  
David González

**Compañeros de Celda**  
Gabriela Ruiz  
Edición Gráfica

Sergio Cuéllar  
Distribución

**Celador de Diseño**  
Tarín y Contreras, Publicidad S.A. de C.V.

**Guardianes de Impresión**  
Litográfica Nuevo León, S.A. de C.V.

**Abogado Defensor**  
Ramón López Castro

**Recluso Invitado**  
Julián Hugo Guajardo  
Portada: "La Sombra llegó a tirarse entre la luz"  
Técnica: Fotografía nocturna.  
Plata sobre gelatina.

Año I Número 3  
Noviembre-Diciembre 1996  
Registros en Trámite

Los textos publicados son en su totalidad  
responsabilidad del autor.  
No se regresarán originales. Queda sujeto  
a decisión de la Celda de Trabajo la publicación  
de las colaboraciones recibidas.

©DERECHOS RESERVADOS

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización  
de la Celda de Trabajo y de los autores.  
Correo Ordinario: San Quintín 106 B Col. Mitras Centro  
Monterrey, N.L. C.P. 64460 Tel. (8) 346-1377  
Correo Electrónico: pdeisla@mail.giga.com Fax: (8) 344-7685

## INDICE

|                           |    |
|---------------------------|----|
| Editorial                 |    |
| •••                       |    |
| David Ojeda               | 3  |
| Las Animas Benditas ( I ) |    |
| •••                       |    |
| Ariadna Ramírez Garagorri | 13 |
| Desde la Hiedra           |    |
| •••                       |    |
| Mario Anteo               | 16 |
| Plaza Civil               |    |
| •••                       |    |
| Graciela España           | 24 |
| Bajo Sospecha             |    |
| •••                       |    |
| Eligio Coronado           | 26 |
| Todo el Olvido            |    |
| •••                       |    |
| Luis Humberto Crosthwaite | 28 |
| Sabadito en la Noche      |    |
| •••                       |    |
| Los reos de este número   | 44 |

## LIBERTAD BAJO PALABRA

Aunque quisimos omitir la "editorial" de nuestras páginas, sabemos que es el único medio que tenemos para comunicarnos con el exterior desde nuestra celda, así que hoy nos permitimos salir bajo palabra y denunciar lo que está pasando detrás de los muros de San Quintín 106.

Viajamos a México y nuestros ejemplares quedaron presos en Parnaso de Coyoacán y en la librería Gandhi, esperando que alguien pague la fianza y los libere.

En Monterrey San Quintín 106 está en Bronté, Publicaciones Mac, en las tiendas del Museo de Monterrey, Marco, Museo de Historia Mexicana, en la revistería del Hotel Jolet y en la librería El Tren, de la Casa de la Cultura.

Celebramos nuestro santo el 31 de octubre y nos fugamos a Zacatecas, gracias a Julián Hugo Guajardo.

Queremos agradecer a todos los que nos han hecho llegar sus colaboraciones, cartas, revistas y sugerencias, así como a nuestros compañeros escritores y editores de revistas y periódicos por dedicarnos unas líneas en sus espacios.

Ya hemos condenado algunos textos para los números siguientes; en el caso de los trabajos que no se quedaron en la Celda, los autores serán notificados y quedarán bajo libertad condicional, con la consigna de regresar nuevamente para recibir sentencia. Queremos aclarar que **No** la primera vez, no es igual a **Nunca**, así que nos agradecerá mucho volver a recibirlos.

Otorgamos la libertad incondicional en este número a Mario Anteo, David Ojeda, Graciela España, Eligio Coronado, Ariadna Ramírez y Luis Humerto Crosthwaite para que dejen fluir sus textos y sean estos quienes atrapen al lector.

Y por último, en este desorden de ideas, las desdichadas Erratas, ¡Eh ratas! son escurridizas, temibles, adoran los espacios oscuros y vestirse de letras para, en las noches de trabajo, colarse por entre las rejas. Trataremos de exterminarlas.

*La Celda de Trabajo*

## LAS ANIMAS BENDITAS

David Ojeda

*"La religión pone al descubierto la profundidad de la vida espiritual del hombre, que se esconde habitualmente bajo el polvo de nuestra vida cotidiana y el mundanal ruido. Nos brinda la experiencia de lo Santo, de algo intangible que inspira veneración, de un significado último que es el origen del coraje último. Tal es la gloria de lo que llamamos religión; pero junto a la gloria está el oprobio. La religión se convierte en preocupación última y menosprecia al reino secular. Convierte en preocupaciones últimas a sus mitos y doctrinas, ritos y leyes, y persigue a quienes no se someten a ella. Olvida que debe su propia existencia al trágico extrañamiento del hombre con respecto a su ser auténtico. Olvida que es el resultado de una emergencia".*

Paul Tillich

*"Pinches ánimas benditas"*  
Rafael Bernal

### CAPITULO I

#### El resultado de una emergencia

**E**ra una noche para desafortunados y ellos dos lo reconocieron así al verse a los ojos. En el radio se había venido escuchando la continua advertencia de un locutor gangoso quien, con la voz de un John Wayne hiperactivo y chaparrito, daba una y otra vez la lista de las poblaciones en peligro ante las posibilidades de tornados que se aproximaban: diez mil apaches sueltos en el aire, cien mil alacranes güeros entre las cobijas de la cama, siete mil bandidos a las puertas del pueblo. Amenazas comunes en Hope, Arkansas, al fin; y nadie, aparte de algunos fuereños desprevenidos, petímetros de Texarkana, de San Antonio o de Memphis, se preocuparía demasiado al respecto. Por eso, ni la Madigan ni el Chester miraron por el ventanal inmediatamente, después de oír las palabras del locutor (antecedidas por el acostumbrado y nervioso: "Okey, okey, okey, now listen everybody! Okey?"), para medir el peligro o buscar un escape.

El Chester los había esperado todo el día y en lugar de verlos llegar a los dos, sólo observó a uno: la mujer que, solitaria y sigilosa, vestida con unas mallas anaranjadas, acababa de entrar a su habitación en el Holiday Inn. El Chester descubrió en los ojos de ella una sombra de alarma y pesar que, debido a un severo

autocontrol, se mantenía en los límites del simple estado de alerta. Con todo, el Chester nada quiso preguntar con apresuramiento. Demasiado bien sabía, porque dos fulminantes ganchos al hígado provenientes de esos delicados puños de la Madigan -más las consabidas y reglamentarias y perfectas patadas voladoras exasac- se lo habían hecho sentir unos cuantos días después de conocerse -hacia mucho ya, mucho, aunque apenas se tratara de unos meses-, que a ella no se le interroga ni se le dirige la palabra mientras no haya dado un imperceptible permiso, algo que sólo unos cuantos reconocen: un carraspeo a veces; en ocasiones una vaga y breve sonrisa; y frecuentemente una maldición irlandesa que permanecía humeando en el ambiente, casi siempre contra la tal Lillith Harrier, su archienemiga de la Selva Negra.

La Madigan permaneció inmóvil, por unos segundos, junto al Chester; después, con exagerada pero muy espontánea lentitud, suspiró y se puso a contemplar de modo concentrado y, sin embargo, indiferente el embudo negro de agua y viento que se veía a lo lejos, por una ventana que era como la puerta hacia un pasado indistinto, el de cualquiera. Esa fue la señal que el Chester interpretó como "*órale, pinche Chester, órale cabroncito, y órale terrible, vamos a hablar, órale pues.*"

-Alambre de púas, Madigan?- murmuró Chester entonces, de acuerdo a una clave perteneciente a un viejo y ya inútil código, ansioso por saber las noticias que explicaran la ausencia de McTavish, el pesaroso, y la falta de comunicación por parte de Crosthblaick, el marinero californio.

-Jaque mate, Chester- respondió Madigan sin convicción.

Los dos, incapaces de explicárselo bien, por inercia, a pesar de las novedades que preveían y de los hechos por venir, sonrieron con un

ligerísimo rastro de entusiasmo ante la memoria que en esa expresión se resguardaba.

-¿No encontró usted a McTavish en el aeropuerto de Nashville? ¿O qué...? -continuó Chester, sacudiéndose toda voluntad o anhelo de ternura para expulsar de sí alguna posibilidad de distracción.

-Cuando llegué descubrí que alguien se nos había adelantado, amigo Chester-murmuró la Madigan con una voz que resultó de una furia ejemplar, como el acero recién fundido que brota del horno y del cual escapa una gota que tras desplegar su parábola lentísima pasa exactamente cinco centímetros adelante de nuestra aterrorizada nariz; o como la voz de Woody Allen en un papel de villano.

-Lillith Harrier, la méndiga doctora de la Agencia ¿Obradequién?, estaba ahí y yo tuve que esconderme atrás de un mostrador porque la acompañaban cinco de sus pinches matones. En su mano derecha alcancé a ver la jeringa de costumbre. Pobre McTavish; ahorita ya se lo deben estar chingando los esbirros de la Lillith, allá en Monterrey... ¡Canija ciudad! No quisiera estar metida en el pellejo de ese güey. Aquí los pinches tornados, allá el pinche calorcito.

Chester aún tuvo ánimo para sonreír, aunque debió proyectar su gesto hacia adentro de su persona, rumbo a su pasado, porque de notar la sonrisa en su rostro la Madigan no dudaría en reclamárselo con alguna bofetada o las consabidas patadas voladoras exasac, añadiendo algo así como "*qué le pasa, amigo Chester, deje que los debiluchos y los exitosos por equivocación o fatalidad, que los pendejos y los zorretes, sonrían o gimoteen como maricones cuando sufre uno de los suyos; usted ya sabe, usted sabe bien: nosotros cuatro fuimos hechos de otro modo, somos de buena pasta y tenemos una tarea; que McTavish se las arregle mientras muere o lo rescatamos, ese cabrón es de recursos; que el Crosthblaick pase también sus aventuras, estoy segura que no tardará en dar con nosotros*".

Por eso, mientras terminaba de imaginar los reproches de la Madigan, Chester bajó la

mirada; no obstante, en sus ojos de brillante y apasionada inteligencia hubo un destello de perplejidad y lástima. Él nunca podría aceptar que el equipo formado por él, la Madigan, McTavish y el Crosthblaick pudiese llegar a ser tan vulnerable como un simple conjunto de matones argentinos: muñecos bien inflados, impresionantes y nomás eso. Con todo, había que reconocerlo: Lillith "Butcher" Harrier, la doctora criminal, se les había adelantado una vez más. Las explicaciones podían ser muchas; y no las conocerían sino hasta que McTavish se las contara... si volvían a verlo con vida. Sin embargo, y el Chester ¿Cuándo se había chupado el dedo?, él no ignoraba los riesgos que a McTavish le gustaba correr con sus descuidos; los irresponsables olvidos, su fanfarronería escocesa, lo habían conducido al peligro representado por la calculadora, diabólica e infumable presencia de la doctora Harrier, casi siempre representando con eficiencia su acostumbrado papel de negociante de arte frente a engominados museos o presuntuosos coleccionistas particulares, pero disfrazada en ocasiones de algo o de alguien: una vieja actriz de cine, un cachorrito de chihuahuero con una pata quebrada, una profesora de psicología en la Universidad de Babaoyo.

Más allá de la ventana a través de la cual una habitación del motel, en Hope, se asomaba al mundo, hacia el rumbo de Texarkana, el horizonte arkenseño parecía una ola de lodo rojizo y oscuro. Y los dos la miraron con indiferencia. Un tornado distinto, más temible, inevitable e imperecedero, les agitaba los corazones desde más de un año antes. ¿Cuándo habían sido felices y ordinarios? Tal vez nunca. La Madigan aún padecía el agobio inicial, de esa mañana en que conoció a McTavish, de ese día en que (¿Quién se lo iría alguna vez a negar?) se topó con su entrada definitiva a ese destino que terminaba con ella y sus tres amigos atados, y aún así risueños, sobre una vía del ferrocarril en una película sin héroes salvadores, sin heroínas y sin argumento ni desenlace conclusivo.

Pero la mañana que conoció a McTavish, perdidos ambos en el laberinto de un periódico de San Luis, luego que ella había entregado su colaboración y mientras él consultaba algunas fotografías, Madigan comenzó a sentir la vida igual que un deporte de locos y sonrientes. Ríe, mi amor, ríe más que el dueño de una tarde de verano. Frutos rojos y dulces en los labios que hacen la risa.

Esa vez ella descubrió a McTavish que la observaba con intensidad y él no apartó la mirada; por el contrario, le hizo una seña, pidiéndole que se le aproximara.

-Disculpa, ¿Cómo te llamas?

-Soy Madigan- le respondió ella luego de medirlo tras un rápido vistazo y sentir que en alguna parte de su cerebro la imagen de McTavish se veía aprobada con un rastro de admiración: tenis y mezclilla y tirantes, lentes y ropas azules, mirada con un brillo indefinible.

-A mí me dicen McTavish. Escribo una columna de divulgación científica en el periódico. Pero ahorita hago una investigación con la que se relaciona la chava que aparece en esta fotografía. Y como tú estás junto a ella pensé que me podrías ayudar. ¿Te puedo hacer algunas preguntas?

Madigan recordaba la charla mientras en el Holiday Inn de Hope, caminaba sobre el vidrio de la ventana una mosca de camisa azul. Y más allá del insecto el tornado parecía un títire colérico, tartamudo, gritándole al mundo cuánto sufría ya McTavish, qué tan fuerte era el dolor producido por las largas uñas de la doctora Harrier sobre las nobles partes nobles de McTavish.

Chester sospechó en ese momento, al observarla, que la Madigan se entregaba, como le ocurría con frecuencia, a su acostumbrada ira bonachona. Diantre de Madigan, pensó con un poco de miedo al recordar la vez que la había visto destrozarle a una mujer (Conluna, se había llamado aquella pobre y mustia) las mejillas con un serrucho mellado. "*Me la debía esa cabrona*", fue toda la explicación que le dio la Madigan mientras expulsaba su risa de siempre: como la de una alegre castorcita que

en una fiesta, bajo la cubierta de una gran madriguera, prueba por primera vez un platillo de musgo.

Chester sintió en aquella ocasión, mientras miraba a la pobre muchacha con el rostro ensangrentado, que una gota fría, con una frialdad que iba más allá del hielo o la mirada de la doctora Harrier, le escurría por la pantorrilla derecha, siguiendo el contorno de la vieja cicatriz dejada ahí por el traicionero machetazo que le propinara Mario Antioqueño, el norteñín elegante (quien aquella misma tarde -¿1978 o 1979?, ¿Saltillo o Monterrey o Barcelona?- , ante la perplejidad de Chester que en él cobraba su primer víctima dentro de ese veloz y mutable mundo del narcotráfico y su apéndice infaltable de política internacional y de negocios, dejó de respirar).

El tornado se veía ya en el horizonte. Ellos notaban tras la ventana una agitación que no les competía y sin conmovérlos parecía ocurrir dentro de un recipiente de cristal, en algún laboratorio.

-¿Tiene usted una sugerencia, Chester? -preguntó por fin la Madigan, descubriendo, cuando se apagaba el eco de su voz, que sabía ya la respuesta que le daría ese hombre alto, anguloso, como un Dick Tracy más efectivo y menos agringado.

-Que permanezcamos en este méndigo hotel hasta el día de mañana y diseñemos mientras un plan de ataque al mentado edificio Agencia ¿Obradequién? -respondió él en tanto que se rascaba con su tranchete de repetición el antebrazo izquierdo, sobre la camisa, en el sitio donde cuidaba como si se tratara de un jardín de begonias su viejo tatuaje que sólo una vez, muy brevemente, había observado la Madigan: "*Vivan los dragones, pinches ojetes!*". La Madigan se estremeció. Surgió de modo tan natural la propuesta de su compañero que a ella le pareció lejanísimo aquel Chester con el que se topó por primera vez en el hotel Panorama de San Luis: exigente, aniñado, nervioso, vestido con ropas de algodón en colores y modelos de moda, mostrando la gratuita violencia del bobo

narcotraficante (o aprendiz de) que sólo se preocupa por sus ventas y ganancias, por las muchachas y los amigos, por la vida fácil y propicia, por los regaños del confesor de la banda. Pero desde entonces habían pasado ya tres años. Chester, a partir de ese día había sacado lo mejor de sí mismo hasta convertirse en una masa de pura voluntad, autocontrol y nobleza, en un hombre con un propósito histórico, obsesionado por la salvación del mundo, en un flaco penitente lleno de notables y continuos arrepentimientos que sabían mezclarse con buen humor y ternura. ¿Dónde había comenzado Chester? El saber.

Contodo, atacar la Agencia ¿Obradequién?, dada la captura de McTavish, resultaba algo en verdad prioritario. Faltaba apenas un mes para que el Papa comenzara su viaje a México y aún no redondeaban un plan concreto, viable, que les permitiera desenmascarar una conjura aún desconocida por ellos en sus detalles. El señor del Vaticano no les importaba porque tampoco les importaba a los conjurados. Sabían que se trataba de una guerra en un escenario de títeres; y que ella se daba entre manos e inercias, no entre monigotes o espectadores, entre el azar y el azar, no entre intenciones o intencionados (buenos o malos).

Y por lo que sabían de esa guerra, no obstante, era indudable que se trataba de un complot radical, definitivo, en el que se jugaba la suerte del mundo, el destino del hombre: ¿fin o finalidad? Nomás por eso luchamos, señores, acostumbraba decir Chester cuando notaba que McTavish y la Madigan, flaqueando, permitiendo que se les impusiera su naturaleza indolente, divagaban o lucían fatigados y pesimistas.

La Madigan sonrió en ese momento, al reconocer en el tornado lo que le pareció una imagen del fin por venir, intuyendo que pasara lo que pasara, ella, Chester y McTavish terminarían su vida en medio de esa odisea de sangre y electrónica, escupiéndole chispas o pedazos de hígado pero muy felices, abrazados a una botella de Glenfiddich. Después,

analizando de reojo las arrugas en el rostro de Chester, su risa de seminarista en retirada y el ritmo de su respiración en la nariz y en el pecho, imaginó ser él descreyendo de ella misma: escéptico el Chester que era Madigan ante la Madigan que era Chester.

Sí, la Madigan probudista y suffí, la hoja de acero, la Humphrey Bogart con faldas. Porque si la Madigan, pensaron Chester y ella al mismo tiempo, como pasajeros en sincronía, fuera alguna vez trasladada al mundo de papel, del todo mamón y ficticio, como personaje, no podría ser (digamos por flojera) como heroína esquemática, simplona, convertida en algo que pareciera una fina película de Juan Orol o en una regular y facilita novela perdida en las obras completas de Taibo II. Porque en manos de un novelista como éste, creyó el Chester atreviéndose a sonreír en el fondo de su silencio, descubriendo repentinamente que nada, desde el inicio del tornado, era verosímil, la Madigan habría sido pintada de un solo color, convirtiéndose en paradigma de maldad: la Giles de Rais de un callejón de San Luis, la Dart Vaaderesa de la del Valle en la ciudad de México, la Freddina Kruger de la vieja Irlanda. Entonces, la Madigan se volvió hacia Chester, cuyos ojillos somnolientos miraban con fingido desinterés la mancha negra del tornado, y quiso preguntarle si él recordaba cómo había empezado todo, si estaban despiertos, si McTavish existió alguna vez, si ellos tenían que echarse encima la responsabilidad de salvar un mundo tan deleznable e ingrato en ocasiones. No obstante, la Madigan guardó silencio; preguntar eso hubiera sido muestra de una imperdonable debilidad que la rebajaría ante la frecuentemente seca, pétreo e insustituible camaradería de Chester, quien, mientras tanto, proseguía con meditaciones similares y se sumía en idéntico silencio, creyendo que la Madigan poseía la imperturbabilidad del cerro sillar a las dos de la mañana: cerro que vigila el descanso y los sueños de una ciudad, montaña hueca y rodeada de un calor que la humedece sin

reblandecerla demasiado. Pero los dos tenían miedo, un mucho miedo. Agencia ¿Obradequién? no era un pedacito de pastel, ni un plato de mole...

McTavish, a unos quinientos kilómetros de distancia, pensó entonces en sus compañeros y cerró los ojos ante la heladísima presencia de la velluda ayudante de la doctora Lillith Harrier: la doctora Genya Bandrin. En la mano de la mujer se veía la amenazante y panzona jeringa cuya aguja pronto estaría dentro de su vena, soltando un líquido que derrumbaría su voluntad. Entonces McTavish echó mano de su infalible técnica del "sí pero no".

Alguien llegaba, cuando el abuelo mestizo de McTavish era un alegre y ya fornido pastor de diez años en su tierra escocesa, a preguntarle por la borrega "Gracie", o por el camino a Glasgow. Entonces McTavishito abuelo alzaba su cabeza y si era una de esas tardes en que se le pegaba la gana no hablar o condescender, sonriendo de modo ambigüo pero no hostil, sólo respondía: "Oh, yes! And yet not". Esa frase pasaría luego a ser patrimonio verbal de esa rama del clan que, como laneros y bebedores de whiskey, había llegado a México poco después, en un error marítimo que los condujo a Veracruz, Ver Mex cuando pretendían llegar a Galvetson, Tex Usa. La forzuda mujer, Genya Bandrin, poseía una sonrisa aún más helada que la de la doctora Harrier; la expresión de su rostro, siempre angulosa, mostrando una vaguedad en la que a veces sobrenadaban los escuálidos pecesitos del empecinamiento junto a las filosas barracudas de la inteligencia y la fuerza más egoístas, recordaba un poco los ojos como alfileres del despiadado y tenaz jefe de ambas: ¡el doctor Nal-Val. Brrrrr!

Esa sonrisa fue la que McTavish vio acercarse a su rostro inmovilizado. Entonces, mientras la ayudante de la doctora Lillith Harrier temblaba internamente, víctima de uno de los no escasos orgasmos involuntarios que sus tareas le proporcionaban, nuestro héroe se esforzó en proyectarse hacia el niño de doce o trece años que alguna vez había sido tras

recordar la frase de su abuelo. "Te sabes alguna de los Rolling Stones, niño de exescocesitos?". "Sí pero no, joven".

Y mientras la aguja entraba con violencia en su vena, McTavish tuvo la última visión de los musculosos cachetes de Genya Bandrin moviéndose en un oleaje que presagiaba las horribles e incontenibles carcajadas por venir. Y junto a su torturadora, el desinterés y la frialdad de la doctora Harrier eran en verdad aparentes. Ella, estaba seguro McTavish, siempre sería como una flama por dentro, como una Tina Turner en una eterna función de buen rock y contoneo, pero bailando sólo para el culposo deleite de uno: el doctor Nal-Val.

El líquido invadía sus venas, llegaba hasta su cerebro, pasaba por su corazón: pura dejadez le acarrea. Nada le importaba ya ¿en verdad?, ni siquiera que ese extraño e inexplicable complot contra el Papa, "ese pinche monote hijo de su repinche y bomba madre" (como le decía la Madigan en una blasfemia exorcizante), ¿Estuviera a punto de mandar el mundo al culo del diablo? Sí pero no... Sí pero no... Sí, Madigan, pero no, Madigan. Oh, yes! And yet not.

La exclamación se escuchó claramente en el interior de la Madigan, como el aliento de un buen demonio circulando por su cerebro, inaudible para Chester. Ella se puso rígida. Su labio inferior tembló de manera casi imperceptible. La imagen negrizal del tornado le pareció un embudo alrevesado que dejaba caer sobre la tierra un río que doblegaba la voluntad y apagaba la conciencia de los lugareños gritones que en los jardines y los pasillos del Holiday Inn corrían por aquí y por allá, metiendo maletas y niños en los automóviles. Y en ese momento Chester notó la mirada perdida de la Madigan, el estremecimiento de su labio inferior; así descubrió que ella estaba en uno de sus cada vez más frecuentes y reveladores trances, siempre impredecibles. Esta vez, pensó Chester, bien puede realizar un viaje por el Amazonas, metida en el cuerpo y la mente de un indígena borracho, tal vez se encuentre en

una reunión de alto nivel en el Kremlin o en los Pinos o en la Casa Blanca, enojadísima ante las reformas reaccionarias o los empujes populares; o quizás hasta se encuentre engolosinada e ilusa en los fornidos y pipianes brazos del James Dean. No obstante, Chester había aprendido ya a no perturbarla durante esas manifestaciones. De lo contrario la Madigan volvería con dificultad al pleno dominio de sí misma y, sobre todo, le reprocharía con gritos y rodillazos el haberla interrumpido cuando estaba a punto de obtener una clave, una pista, una revelación o una bella enseñanza del Pedro Garfias o del Miguel Donoso Pareja.

Una vez, por ejemplo, así había descubierto la Madigan que uno de los amigos comunes a ella y McTavish, Armand A. D'Amé, el figurín de San Luis Missouri, poseía las más extrañas costumbres sexuales que ella se hubiera podido imaginar. Y el saberlo le permitía reír a plenitud y con algo de una juguetona turbación, a pesar del peligro que la rodeaba desde hacía tres años ya y que en Hope Ark estaba a punto de alcanzarla en forma de tornado. Impredicción y viento. Agua convertida en sólidas esferas.

Fue esa revelación precisamente, relacionada con el exotismo erótico de Armand A. D'Amé, padecida en un trance ocurrido un poco más de un año antes, la que decidió a la Madigan a confiarles a sus amigos su rara facultad. Estaba con Chester y McTavish en el bar del hotel Bamer de la ciudad de México, en el último piso, disfrutando la panorámica de una Alameda luminosa. Habían llegado a esa ciudad siguiendo las investigaciones y sospechas de McTavish en tomo a Lillith Harrier.

"Ah, pues sí", le respondió la Madigan a McTavish el día que se conocieron, sí la conozco pero no sé su nombre, fue una exposición de pintura de unos de Zacatecas que se llaman Gonzo Lizardola y Tarseyra Persicio; y fue aquí, en San Luis, en la Casa de la Cultura; ésa es una tipa que vino a ver si compraba obra para una gente de Monterrey;

ahí me la presentaron y creo que se llama Lillith Harrier".

Pero McTavish buscaba los lazos de la Agencia ¿Obradequién?, todos notorios y previsibles en las huellas y relaciones de la tal Lillith con el doctor Nal-Val. Y sobre eso ya lo había alertado, desde unos cuatro años antes su amigo, el periodista Buongiorno.

San Luis parecía un centro esencial para esas relaciones, por lo menos a los ojos de McTavish (paranoicos ojos míos, decía él). Esa razón lo convertía en un obsesivo politólogo, en un filósofo de café, en un maniático lector de misteriosos libros prestados. Y por todos lados McTavish creía encontrar las huellas de un mundo derrotado que anhelaba renacer.

"Lea, amigo McTavish", le escribió Buongiorno, *"lea usted las huellas de la Agencia, así entenderá que serán las papas y los curas tradicionalistas, y que tras ellos están sobre todo algunas de nuestras ciudades: la regia y la tapatía, la poblana y la capi, su San Luis y Guanajuato. Poreso le recomiendo que sepa leer. Hay un doctor Nal-Val donde usted vive. Averigüe quién lo ha financiado y para qué desde hace unos veinte años. Vea quiénes son los grupos que lo apoyan y dónde están sus lazos"*.

Todo eso se lo contó McTavish a Madigan el día que se conocieron. Ella no lo podía creer al principio. Luego todo el rompecabezas cobró sentido ante el olor que McTavish proyectaba hacia ella. El le habló de los invisibles y lodosos, los gorditos de la mentira y la confabulación, los oscuritos de la patraña, "los engañadie". Ella lo creyó y así inició su participación en esa pequeña complicidad en la que pronto se incluiría el Chester.

En el hotel Panorama de San Luis habían estado una tarde la Madigan y McTavish, encerrados en la habitación 313, desconcertados por una desnudez llena de sabores politológicos e historiográficos, cuando en la habitación contigua, 315, escucharon los golpes y los estallidos. McTavish actuó por

reflejo y salió de improviso. Su buena fortuna le permitió golpear con la puerta a uno de los que llegaban armados y corriendo por el pasillo. Mientras tanto, en la 315 el Chester sometía a otro.

Chester bebía whiskey y su pasado en una cantina de Laredo le permitió comprender el milagro representado en San Luis por el Glenfiddich que McTavish le ofreció minutos después, *"para el pinche susto, bato."*

Luego, las palabras de la Madigan y de McTavish le permitieron suponer que ambos eran unos locos de pequeña ciudad, un par de sanluisinos llegados decenios antes a México en el azar de familias arrojadas desde una Europa sin vehemencia hacia un mundo que todos creían de palmeras y tequila. Igualito que los míos, pensó el Chester antes de tomar su decisión: uno se debe a los que le salvaron la vida.

-Te apuesto, Chester- le anunció McTavish-, que este nuevo Papa tiene una misión que no conocemos. Te apuesto que el mundo se hará pedacitos con él.

Por eso, la noche del Bamer, mientras aguardaban la llegada de un tal Crosthblaick, el correo de los angelinos, el bato loco de tijuas, la Madigan, Chester y McTavish se creían allí para averiguar la última clave de una conjura contra la cual ellos luchaban.

-Soy Ele Hache- dijo el Crosthblaick por teléfono cuando McTavish alzó la bocina-. Te hablo desde te jota. Buongiorno me pidió que te dijera lo siguiente: Nal-Val bebe Tecate y Carta Blanca.

Eso le permitió a McTavish avalar todo lo dicho por Crosthblaick. Y tener miedo. El plan era mundial y puros "jocorones" (como le decía el Garcilazo) había tras él. Entonces hizo la cita para ver a Crosthblaick en el Bamer de la ciudad de México. Así tendrían la cobertura de su trabajo como periodistas. Por esas fechas sería el congreso panista. *"Porque acá esos batos andan fuertes"*, añadió Crosthblaick en el teléfono, *"capaz que hasta ganan pronto una gubernatura y hacen al Papa californiano de honoren lugar del Santana"*.

Esa noche, en el Bamer, la Madigan bebía sus legendarias copas de vino blanco y licor de cassis. Chester tomaba su acostumbrado mezcal con estafiate y McTavish sorbía pequeños y continuos tragos de whiskey con hielo. Ella tuvo la sensación repentina de uno de sus "arrebatos", como les llamaba en su fuero interno, y se retiró discretamente al baño mientras McTavish y Chester quedaban discutiendo la táctica a desarrollar para sonsacar alguna información del "Cráneo" Márpes, entonces recién llegado de sus cursos ciafranceses en Perpignan. Ya en uno de los apartados, la Madigan se sentó en el retrete, esperando que le pasara pronto el ensueño. Sin embargo, éste empezó con mayor viveza, tanto que hasta ella tuvo que exclamar, como si Armand A. D'Amé estuviera realmente allí:

-¡Pinche Armand tan marrano! Este es el baño de mujeres. Sácate de aquí, güey.

Pero no. El distante y cada vez menos recordado amigo de ella y McTavish se había quedado en San Luis, dando excusas para no compartir la aventura y los terrores de quienes ya se despedían, dejándolo de pie, junto a su gatita jorobada. Y el que estaba en esos momentos junto a ella, en el Bamer, era una pura imagen, un holograma pequeñito de Armand, quien poco a poco se untaba en el cuerpo, enteramente desnudo un aceite muy perfumado que hacía brillar su blanquiazulínea carne de tímido sibarita. La Madigan, entonces, sentada en el baño, se quedó absolutamente inmóvil, poseída por una curiosidad que era idéntica a su juvenil deseo de entrar, inadvertida, invisible, al baño de los hombres en un salón de baile. Luego se desentendió de todo al descubrir en ese momento que el no luchar contra su alucine le permitía a éste desarrollarse con mayor claridad, sin interrupciones.

Luego de embadurnarse el aceite con detenimiento, haciendo extraños ruidos al respirar y canturreando una muy vieja canción de Crí-Crí ("... y es mi chorrito/ se hace grandote -ay!-/ se hace chiquito -ayayay!-"), con la mirada

perdida del hombre que anticipa un placer casi sobrenatural, Armand se puso encima de los hombros una bata muy corta de seda. Negra, con estampados orientales en rojo (un dragón, ideogramas, kamikazes, el rostro de Toshiro Mifune, escenas de la última película de Kurozawa, el emperador Hirohito acariciando una rana de ojos rasgados), la prenda pareció transmitirle innumerables y continuos pinchazos en la piel; tal era el febril y delicado temblor de algunos de los músculos en la cara de Armand, tal su voluptuoso parpadeo mientras sus manos se pellizcaban o acariciaban rápidamente los muslos, el pene, los testículos, y su boca empezaba a repetir, temblorosa, entrecortada, como una oración en San Juan de los Lagos, una frase: "así, papito; así, papito; así...".

Diez minutos después la Madigan regresó con su par de amigos que seguían esperando conocer a Crosthbalick, envueltos en la discusión de siempre (razón y fin de las cosas y la vida, las mujeres y el yo, el yo y las mujeres) y en una creciente borrachera, desprevenidos ya, contraviniendo los consejos del misterioso e inescrutable Buongiorno, descuidando sus espaldas y la salida del elevador, manoteando y dejando que sus gestos alejaran sus manos de las fundas de sus armas.

-Es que nos sentimos muy seguros acá arriba. Y estamos ya borrachitos, ¿No crees, Madigan? -le dijo McTavish a manera de disculpa innecesaria mientras ella volvía a tomar asiento.

Ella se le quedó viendo en silencio. También había desarrollado ese quinto sentido de los perseguidos y los paladines; algo que les indica, sin lugar a dudas, dónde y cuándo se estará en verdad a salvo, en qué lugares los verdugos y los malos no se asoman aún, o no tienen cabida. Los ojos de la Madigan parecían una fuente de risas y picardía; eso se notaba de inmediato y sorprendió a sus dos compañeros que, no obstante, atendiendo a leyes y costumbres nunca verbalizadas, jamás escritas, aprendidas por medio de los

coscorriones o los refunfuños de la Madigan, o sólo reconocidas a través de la intuición que les indicaba las razones y las vías de la amistad más desinteresada e imborrable, apenas murmuraban tonterías para no distraerla y darle cierta cobertura a la intimidad de sus reflexiones. Por eso fue ella la primera en referirse al suceso.

-¿Si les cuento una locochonería no se burlan de mí? ¿Me creerán?

-Claro que sí, Madigan. Al fin que ya estamos medio borrachos. ¿No?, cabrón Chester.

Chester, buscando siempre la compostura, apenas ladeó discretamente la cara hacia su derecha, frunciendo los labios en una sonrisa fugaz que quería decir sí, claro.

Entonces, la Madigan decidió que era mejor soltarlo todo sin interrupciones, sin mirar a sus dos escuchas o darles tiempo a preguntar; y sin dejar de sonreír ella misma, por lo descabellado del asunto y por la revelación que les haría del Armand:

-Es que desde hace tiempo he tenido estas como alucinaciones y me daban de vez en cuando y yo nunca le he dicho a nadie. Pero la de hoy fue... en verdad, lo fue... tan real, tan vívida y tan redonda. Por eso, cuando sentí que la iba a tener me fui para encerrarme en el baño. Y ahí que voy viendo al Armand A. D'Amé todo desnudo, junto a mí pero sin mirarme. Se embarraba y se embarraba en todo el cuerpo un aceite muy perfumado, ¡Fúchila!, como pachulí. Y después se puso una batita así, china o japonesa o algo, pero muy corta, y que empieza a pellizcarse aquí y acá; y luego, con este dedo se hacía así y así y se lo ensalivaba; y se retorció y gemía. Cerraba los ojillos y murmuraba... pues... de cosas... Ustedes saben: cochinitas mamonas. Luego descubrí que enfrente de él tenía dos carteles: uno era de Pedro Infante, con sombrero pero encuerado; otro de una vieja que es una pinche bailarina y dizque vedette, en un fotomontaje, casi encuerada la méndiga... así con las piernas... y así con las manos... Y como tocando un violín la muy ridícula.

Y luego que la Madigan terminó su relato Chester y McTavish se miraron disimuladamente, desconcertados. Ninguno rompió el silencio de momento. Pasaron varios segundos antes que fuera Chester, reasumiendo su dureza extraviada en el desconcierto, combinándola con su humor, el que algo comentara:

-¡Ay, Madigan! Ahora sí que se puso usted hasta atrás muy de repente. ¿Y ora de cuál fumó?

La Madigan soltó una sonrisa repentina, muy sincera. McTavish y Chester le habían creído, como siempre, nomás porque ella lo había dicho; pero nunca lo aceptarían en su presencia y siempre harían de su confesión, mientras las circunstancias lo permitieran, un buen motivo de noble burla. Como un balón de fútbol desinflado en un callejón: "Y ahora no va a fumar esa pendejada, Madigan?", "ai por favor, Madigan, asómese a su pinche televisión del futuro a ver cómo van a estar los chingadazos mañana", le diría Chester aguantando sus risotadas neoleonesas; "¿Y tus revelaciones no te han dicho nada del Big Bang, Madigan?", "Bautízame, Madigan, hazme de tus pinches adoradores y videntes", le pediría McTavish sin delatar su broma más que en los ojos achicados y húmedos.

¿O era todo una simple ocurrencia, vespertina, en la casa de Madigan que a McTavish había brindado hospedaje y alimento? ¿No sucedía acaso nada sino un puro sueño, una fantasía que algún fin persigue desde ahora?

## club de lectura Las Aureolas de Reyes

"Las aureolas están sobre  
nuestra cabeza, para echarnos  
a andar, como seres pensantes"

### Reuniones semanales y Lecturas con invitados especiales

Todos los jueves de 19:00 a 21:00 hrs.  
Entrada libre

### Préstamo e intercambio de libros

De lunes a viernes de 18:00 a 22:00 hrs.

### Primer Encuentro de Talleres Literarios y Plástica Joven

Inauguración: 8 de noviembre 18:30 hrs.

### ¿Donaciones de libros?

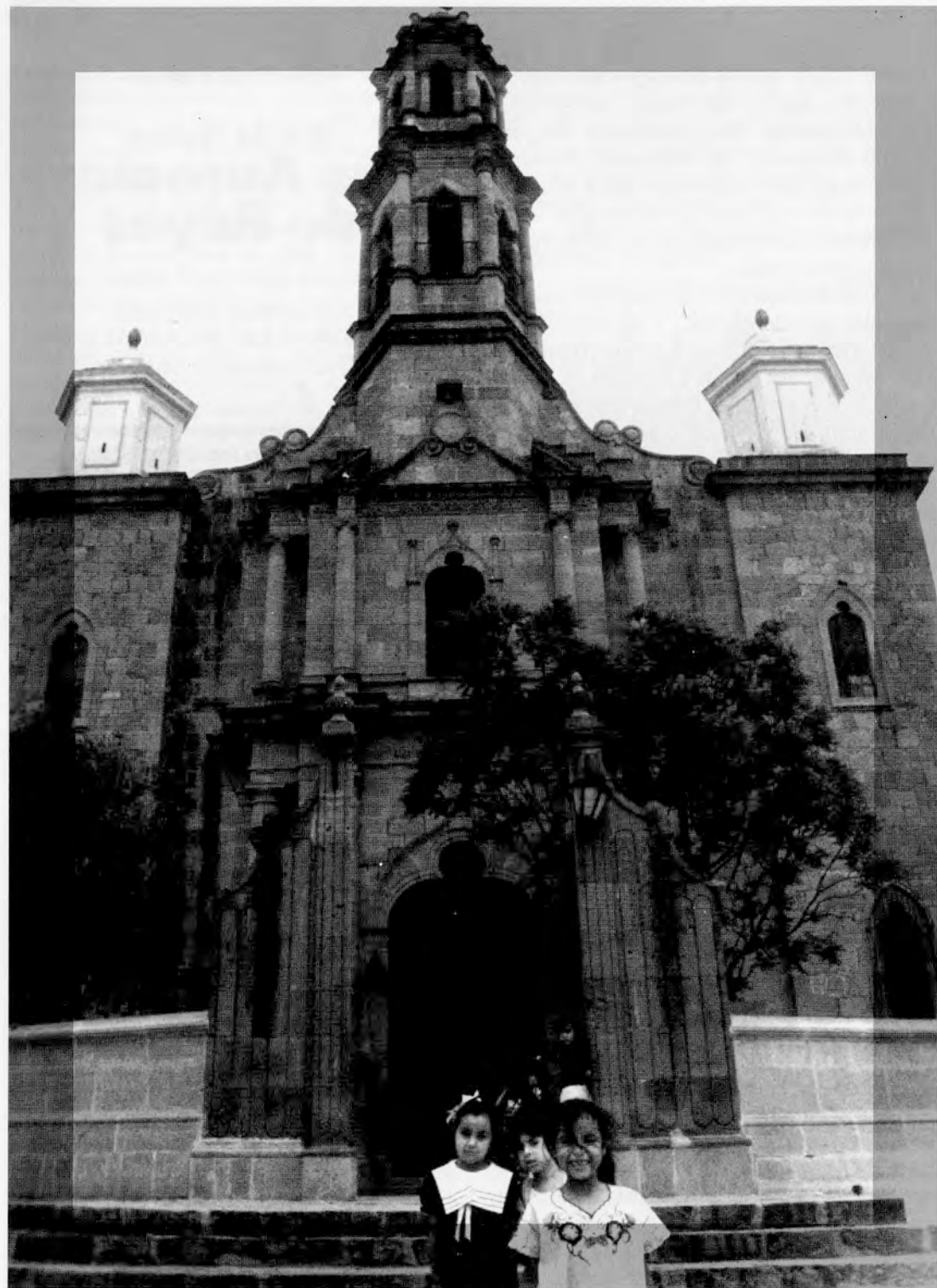
Los adoptamos con las páginas abiertas

Padre Mier No. 627

frente a la Plaza de la Purísima

Tel: 345-23-31 y 342-9220

Correo electrónico: pgggrafico@mail.giga.com



"Trancoso, Zac." 1995. Plata sobre gelatina.

## •DESDE LA HIEDRA

Ariadna Ramírez Garagorri

**M**e da por impacientarme cuando la veo sentada en su mecedora. Parece consumirse como una velita, con los ojos fijos en el hilván infinito de sus desvaríos.

El pelo azabache y liso, como lágrimas de nube, se pierde en el calado del chal blanco rematado en una hilera de flecos largos y percutidos que arrastran por el suelo.

Se llama Jacinta. Así, Jacinta a secas, sin la huella del apellido que para bien o para mal dejan los padres. Desde que llegó no le hemos sacado palabra. Al principio le hablábamos despacito, como para que nos entendiera, pero uno a uno hemos ido dejando las cosas por la paz y ha comenzado a invadirnos también su mudez.

Al hurgar en su historia, uno se encuentra con páginas en blanco. Las viejas tejedoras de vidas ajenas, con su nutrida imaginación, han tenido mucho hilo para armar la cadena de murmuraciones. De ahí que tengamos algo qué contar de Jacinta.

Pareciera haber sido parida a los ocho o diez años. Una señora regordeta surge en la bruma, llevándola de un lado a otro, de a tiro como costal; cuentan que era una tía lejana que se ocupó de ella mientras pudo, para luego soltarla, como si se tratara de un animalito.

Después de una larga procesión de mudanzas, se dice que era la niña que acompañaba a un viejo jardinero que hacía trabajos en las casonas elegantes del centro. Un buen día se le pegó sin preguntar y de ahí en adelante se convirtió en la terminación de su sombra. Casi no cruzaban palabra. Aquel hombre, Don Sebas, hablaba lo indispensable. Más bien era puro silbido.

Al poco tiempo la niña comenzó a imitar su sonora melancolía, inflando los cachetes y pelando grandotes los ojos, mientras se daba a la tarea de despiojar hojas secas, deshierbar el zacate y aflojar la tierra.

Al final del día, ya de regreso, Don Sebas se paraba en la panadería para comprarle un par de muéganos y unos churros azucarados, recién salidos de la hervidera. Esos fueron tiempos felices para Jacinta, pues encontraba una inagotable calidez en el silencio y el andar parsimonioso del viejo analfabeta.

Lo vió por última vez el día en que tocó arropar con estiércol de chiva los jardines del hostel de Don Lauro. Acabada la jornada fueron como siempre a la panadería, pero a él se le atravesó la parranda y la mandó por delante. Jacinta lo esperó en vela y llegó la mañana y hasta bien entrado el mediodía vino el rumor de que lo habían encontrado en un llano, tirado y con los ojos en blanco.

Jacinta como que no escuchó; agarró su morral de yute y echó a andar silbando rumbo al centro, hasta el zaguán de la casa de Don Lauro, ya solo faltaba afianzar las guías para la enredadera.

Viendo tras los barrotes el pasto muy arropado y en una esquina la carretilla con estiércol, se le escurrieron muchísimas lágrimas y de tanto hacer guardia, terminó empleándose de sirvienta. Así llegó allá con Don Lauro Fernández, todavía con los pechos planchados y las rodillas boludas.

Se trataba de un viejo refugiado español, quien la aceptara más que por sentido humanitario, por la necesidad de contar con alguien que le ayudara a cargar su artritis y su amargura. La casa era a la vez hostel y pensión. Al cruzar el jardín se topaba uno con un par de puertas de madera descascarillada que hacían contraste con los biseles de la ventana que daba a una oficina que tenía afuera un letrero a plumón que decía con letra garigoleada "Administración".

Al centro había un patio de baldosas con el cielo de techo. Junto al muro de la entrada, frente a un par de sillones desvencijados



un piano parecía haberse dejado de tocar hacía ya tiempo. Limitando el patio había un corredor de columnas blancas unidas por arcos repetidos que enmarcaban las entradas de los cuartos. En una de las esquinas del fondo, como único detalle de vida, colgaba una jaula con canarios amarillos.

Después de llegar Jacinta, además de borrar el polvo de los años a trapazos y silbidos, aquello quedó convertido en una fiesta de verdes: la hiedra comenzaba a trepar tímidamente por las columnas; un macetón hacía de nido a una galatea; las jardineras parecían salpicadas con el anaranjado del zempazuchitl y en botes de leche Nido y frascos de miel Carlota colocados en fila había podas de palmas, crotos, margaritas -sus consentidas- y espantamuertos.

Cuando no andaba entre alteros de platos despostillados, sábanas transparentes de tanta lavada y líneas imposibles de mosaicos de rojo descolorido, Jacinta se perdía feliz entre las matas.

Don Lauro gastaba los días sin urgencia, tras su escritorio de metal, junto a su máquina de escribir Corona. Estaba decidido a pasar el tiempo gruñendo a clientes y gritando órdenes, suspendido en una nube de jerez y tabaco. Tenía unas bolsas grandes bajo los ojos, por lo que daba la apariencia de haber llorado la vida. De mirada profunda e inquisidora y cejas y bigotes como gusanos, no perdía detalle del ir y venir de Jacinta, como si con ello recordara la vida y cansara al aburrimiento.

Y así hubiera pasado la vida Jacinta. Su inocencia no habría sido trastocada nunca y seguramente hubiera muerto siendo niña, pero Don Lauro la vino a estrujar un día cuando estaba metida en la despensa y comenzó a tocarla con sus manos tullidas de urgencia, rasgándole de golpe los sueños tibios que habitaran aquella piel nueva.

La sorpresa y el miedo le paralizaron el verbo y le turbaron la rabia. Por las heridas que

le causaron los vidrios de frascos rotos en el forcejeo, se le fueron las fuerzas y el pensamiento y al cobrar el sentido sintió el cuerpo quebradizo, marchito.

No averiguó. Salió dejando atrás su herencia verde y a cada paso la sangre se le iba haciendo vieja. La tristeza se le materializó de golpe en las entrañas. Al andar, Jacinta sentía aquellos ojos colgándole todavía de las nalgas.

La encontraron con fiebre en los escalones de la Iglesia de San Sebastián. Mi madre, que ayuda al señor cura en las misas, se la trajo a la casa. Nos enteramos de su historia por una comadre de mi mamá. "Si cierto o no, pos ve tú a saber" -dice ella.

De repente se altera, como que se acuerda la pobre y sólo se apacigua cuando la sentamos en la vieja mecedora, con el chal de la abuela, siguiendo atenta cómo se va trepando la hiedra en el tronco del fresno.

### Estantería



**EL ZORRO, MISS MUNDO Y UN VECINO  
QUE NO DIJO SU NOMBRE**

Romualdo Gallegos  
Ed. Contrafuerte/Relatos  
1996



"La solitita" 1995. Plata sobre gelatina.

## • PLAZA CIVIL

Mario Anteo

A David Ojeda

**D**ESAYUNÓ DE prisa tres huevos revueltos con jamón, y mientras despachaba el vaso de limonada vio el reloj de la cocina. El recuento de votos comenzaría a las nueve, justo en quince minutos. Corriendo fue a la sala por sus lentes y salió a la calle. La prepa estaba cerca, a tres cuadras, en un costado de la Plaza Civil. Con patada huraña devolvió el balón a unos niños que jugaban en un terreno baldío, y antes de entrar a la plaza se sacó los faldones de la camisa. Orgulloso de apoyar la "izquierda", caminaba irguiendo su cuerpo de toro.

La derrota de su planilla se había convertido en una tradición. Siete años sin ganar las elecciones era algo más que extraño, pues en los corredores abundaban las simpatías y saludos. Pero esta vez el Toro corregiría la situación, no escatimando los puños si de nuevo "la mierda reaccionaria" volvía a meter mano en los votos.

¡Qué situación la suya! Era el único jugador de fútbol americano que no pertenecía a la nefasta planilla Progreso y que usaba lentes de aumento, por eso el entrenador lo condenó a la posición de "centro". El arremetía como toro rabioso, dejando caer sus noventa kilos sobre el contrincante. Era pacífico y razonable, pero las injusticias lo ponían frenético. Le urgía pulverizar la esclerosis que pudría al mundo. Ante sus amigos de *piocha* y *mota* se desahogaba por el lado de la mente, los bañaba en las frases del 68 y agradecía la atención protegiéndolos de los porros reclutados en su otro equipo, el de fútbol americano.

Al pasar junto a la caseta de policía, en contra-esquina de la prepa, casi choca con el trasero de un guardia bigotón que agachado enderezaba a porrazos la polvera abollada de una patrulla.

Cruzó la calle y con un par de zancadas subió la escalinata y entró a la prepa. Sus

compañeros revoloteaban preocupados, consultaban el reloj a cada rato. Mauro le dijo que el recuento acababa de iniciarse en privado en el salón cuatro, y fue allá serio y sudoroso. Al aproximarse desaceleró, relajó los hombros y se recargó junto a la puerta del salón convertido en oficina. Nada ni nadie lo movería mientras no se abriera la puerta dando paso a la noticia. Por el lado suyo atestiguarían el Negro y Sotelo, y aunque la timidez del segundo parecía inoportuna, seguramente el Negro la contrarrestaría con su verbo y aspavientos. De todas maneras, los puños por si acaso. Pero esperar, de momento esperar y hacer votos por la justicia.

En el solitario y ardiente centro de la Plaza Civil, un mendigo de barbas como terrones se calcinaba envuelto en harapos.

AUNQUE LA noche anterior, por ese vicio suyo de impresionar prostitutas, se había desvelado hasta tarde en la zona de Guerrero, con todo llegó temprano a la caseta de vigilancia. Debía apurarse para reparar la patrulla abollada quién sabe cómo durante la parranda disfrazada de ronda. Entre brumas recordaba que, cubierta la cuota diaria de "mordidas" y con dos putas encandiladas por su placa secreta (la consabida águila), chocó contra algo de piedra o hierro cuando asustaba un borrachín que orinaba en la calle. Por fortuna los daños fueron sólo de hojalatería, y si se daba prisa con el mazo, el jefe ni se daría cuenta, en todo caso lo atribuiría a un viejo percance. Se inclinó frente a la polvera arrugada y comenzó a dar de golpes, evocando de paso algunos célebres macanazos, para darse ánimos y cerciorarse de que la vida era clara y bonita.

Años antes de ingresar a la academia se había fajado con la decisión de ser impune a toda costa, siempre y ante cualquier situación. Fantaseaba que Lala, un amor de la

adolescencia, requería ya de adulta una "palanca" y que lo buscaba durante años y que al fin lo encontraba y él con un certero telefonazo la sacaba del apuro. Para realizar el sueño necesitaba antes bregar en la selva diaria, hacerse respetar y, por supuesto, reunir dinero, montañas de dinero.

Se levantó para respirar y secarse el sudor, y cuando regresaba el pañuelo al bolsillo vio un señor de overol que en lo alto de una escalera recargada en la marquesina del teatro Venus, al otro costado de la plaza, colocaba el nombre de la vedet en turno: Soyla Reyna. La había visto en un diario de la tarde, sus muslos y pechos jugosos, el pelo rubio hasta blanquear, ¡y hoy debutaría en Monterrey! Con placer reconoció que el bíceps del brazo con que empuñaba el mazo era duro y redondo, y que disponía de suficiente dinero para escogerlo mejor. Viendo la cosa desnuda, nada impedía que Soyla fuera suya siquiera esa noche tras la función. Le llevaría flores, como hacían los galanes de la tele, y despachadas un par de lujosas copas, al grano y sin piedad. Si había problemas entrometería su insignia secreta, que era como un pasaporte al cielo.

Recogió las cosas y entró a la caseta. En el centro de la plaza, el mendigo hipaba en la solana, y a cada sacudida espantaba las moscas que se retiraban un instante para enseguida regresar a la piel costrosa.

POR SUPUESTO, sólo ella y el director de la orquesta viajaron en avión. Llegaron al teatro a mediodía, e inmediatamente Soyla inspeccionó la marquesina, indiferente a las miradas que lamían su descomunal trasero. Ella siguió en lo suyo, revisando las vitrinas, la taquilla, como un paracaidista su equipo. Su dictamen fue el habitual, pues de nuevo habían escrito Reina en vez de Reyna, amén de que la taquilla parecía un gallinero. Para colmo, no aparecía en las vitrinas la foto de la pierna a contraluz.

Con el gesto de quien olisquea un fétido olor, se volvió a la acera, dispuesta a cumplir cuanto antes su obligación de agradecer con una sonrisa a sus admiradores. Pero se arrepintió al divisar en una esquina de la plaza una mujerona de tobillos elefantinos y pantorrillas peludas, atareada en recoger la despensa volcada de una bolsa de supermercado. El espectáculo devino dantesco cuando la señora, inclinándose más para alcanzar una lata de atún, descubrió sus gelatinosos muslos rayados de várices. Asqueada, Soyla fue a inspeccionar el loby. ¿Cuándo terminaría el infierno del tercer mundo? Soñaba con un flamante contrato en Las Vegas; para eso disponía de un trasero que, cuando lo trabajaba a conciencia, armaba el delirio en las butacas, así como unos pechos colosales, con amplios pezones negrísimos, que sólo mostraba cuando los contratos redondeaban suficientes ceros. En cuanto a la cama, era un privilegio reservado a los millonetas, si bien por razones comerciales le guiñaba el ojo a medio mundo. Porque era Soyla Reyna, flor de pulpa y dulce nervio, que cobraba un millón por un estriptís en privado.

En esto una rata que cruzó el loby destempló su garbo, mientras en la plaza el mendigo dormitaba cruzado de brazos, imperturbable al humo de la colilla en su boca.

CASI MEDIODÍA y ella apenas se dirigía al mercado. Caminaba de prisa, la red doblada bajo el brazo, la boca enfurruñada. Su nerviosismo de pájaro se avenía mal a su cuerpo de ballena. Con todo y que era tetona y ventruda, y una escalofriante mezcla de várices y celulitis cubría sus piernas de elefante, no obstante podía saltar a la cuerda y bailar cumbias. Cuestión de echarse unas copas con su marido, quien gustaba de emborracharla, pues sólo así ella distendía el rictus de sábana arrugada, se le alisaba el rostro invariablemente fruncido. No era el caso que estuviera enojada, así era ella.

Estaba harta de que le tuvieran miedo, de que la evitaran por temor a que los agarrara a palos. Eso sí la enfurecía, y entonces se sentía más sola, pues su marido se acercaba sólo para pedirle de comer o divertirse con sus payasadas cuando la emborrachaba.

Mientras escogía los aguacates, recordó asustada que no había revisado el agua de los frijoles que estaban cocándose en casa, y se dio prisa, surtió lo necesario y aguardó en la fila de la caja más despejada. Al fin pagó y como rayo salió del local. Allá, del brazo de su marido durante su boda, no imaginó tanto ajetreo, instalar la campana sobre la estufa, derretir el témpano del congelador, la cacería de cucarachas voladoras. Todo el día lo pasaba cumpliendo los pendientes anotados con letra zumbante en la agenda clavada en la pared de la cocina. "¿No olvidas nada?", decía a cada rato la libreta.

Amortiguando con los pechos el alboroto de las bolsas, cruzó la calle para atravesar en diagonal la plaza. Como siempre, se volvió al balcón de la preparatoria. ¡Ahí estaba! Seguramente era un profesor en su hora libre. Qué hermoso, quieto como los cerros, siempre a la misma hora, contemplando la plaza, corbatita roja y el saco con parches en los codos. ¡Y qué ojazos! De terciopelo negro calando las cosas. Imaginó el par de ágatas brillando al fondo de un cofre, y un tibio escalofrío la cimbró y las bolsas cayeron al suelo, rodaron latas y estallaron huevos, y como si despertara se agachó a recoger lo aprovechable. Entonces temió que desde el balcón los penetrantes ojos cubrieran las vérices de sus piernas y su rostro furioso. Mientras tanto, el mendigo canturreaba.

UNA VEZ más, ese insoportable alumno (¿se llamaba Roberto? ¿Alberto?) con su estúpido gesto de indignación postiza vino a su escritorio a discutir un siete de sus calificaciones. Definitivamente carecía de vocación de maestro; resultaban en verdad insufribles los alumnos. Además, ¿qué rayos

debía explicarles? Parecía que todo estuviera claro, pues en el semestre ni una pregunta había salido de las hileras de monigotes, preocupados sólo de fastidiar al vecino con las bromas de siempre y de estropear los pupitres. Eso sí, con sumo esmero se vestían de bestias para jugar fútbol americano.

Tal vez la hora libre que a toda costa había mantenido en su horario de clases, durante la cual se sustraía a los estudiantes, era la causa del constante aplazamiento de su renuncia, por lo demás, siempre perentoria. De nuevo se dirigió al balcón para disfrutar su hora libre. Frunciendo el ceño expulsó un par de adolescentes pintarrajeadas que coqueteaban con alguien de abajo. Evitada a causa del extremo calor (no había árboles), la plaza parecía amortiguar el escándalo de la periferia, como el eje aparentemente quieto de una licuadora. ¡Qué alharaca de piernas en las aceras! Imaginó un enjambre de ellas, pataleando sobre su cabeza, una metralla de tacones. En esto distinguió el par más apresurado por el lado izquierdo. Pertenecían a un joven de relojón deslumbrante y maletín ejecutivo. ¡Qué prisa! Ni siquiera cuando le avisaron que su hijo estaba herido en la Cruz Roja movió así los zapatos.

Empezaba a arrepentirse por no irse con Anaya a fundar en un bosque la comuna experimental. Había recibido noticias, la cosa marchaba. ¿Y si fuera allá? ¿Si saliera ahora mismo de la escuela y lindamente tomara un autobús? Cruzó las manos en la espalda y vio los tejados. Era demasiado tarde, había ahora un hijo y una casa por pagar. Sonó el timbre, hora de clases, de jalar aire para sumergirse en la jungla. Allá el mendigo se abanicaba con una bolsa de papel.

MIENTRAS CAMINABA de prisa bajo el sol ardiente, desesperaba por disfrutar el aire acondicionado del banco. Como siempre, había estacionado el automóvil a dos cuadras, pero tal incomodidad terminaría hoy mismo,

pues ya era gerente y tendría derecho a una pensión en el estacionamiento frente al banco. Cruzó la plaza imaginando su nombre en el cajón reservado a su carro, y por un momento se sintió protagonista de un comercial de finanzas, cuyo lema decía que el tiempo nunca se detiene, y entonces consultó su enorme reloj. En la esquina se detuvo un instante para desempolvar los zapatos golpeando las suelas contra la acera.

Ahora su agenda solicitaba la mujer adecuada a su resolución de convertirse en socio de alguna empresa internacional rica en papeleo y empleados, quizá una cadena de supermercados o una fundidora de acero. Por supuesto, la selección de la mujer sería escrupulosa, pues no quería distraer sus planes con lacrimosidades de cama, inoportunas reuniones de amigas o líos con suegros. La instalaría en la casa que semejava un ovni y cuyo título de propiedad descansaba al fin en su bolsillo.

Precavido rodeó el andamio de unos albañiles, volviéndose luego un momento a inspeccionar la obra. Distinguió un trabajador prieto y descamisado, que indiferente a las alturas silbaba como jilguero mientras embadurnaba con cemento las paredes. Huyendo de la insoportable apatía del hombre, aceleró el paso. ¡La libre competencia! ¡Quien apetezca mierda, que se sirva!

Al llegar al banco lo bendijeron el aire condicionado y las miradas de las secretarías tras sus ventanillas rotuladas. Al fondo, en un sitio táctico, su sofá desesperaba por recibir las jóvenes nalgas de la nueva generación de banqueros, mientras en la plaza el mendigo permanecía absorto en una hormiga que en el suelo arrastraba una hoja.

EL FASTIDIO disminuía cuando le asignaban trabajo en los andamios, pues en las alturas escapaba a la monotonía de las cadenas humanas que iban pasando el material. Era terrible, todo el día haciendo lo mismo. Por

las noches debía esperar en su cama que se esfumara la cadena de manos ásperas, los compañeros sudorosos viéndolo apenas cuando se volvían para entregar o recibir el bloc, la bolsa de cemento, el balde de arena.

Ahora desde el andamio se distraería con el panorama, incluso podía fingir sordera si las órdenes de abajo llegaban demasiado autoritarias. En esto advirtió que silbaba con el trino de otros tiempos, cuando en el ejido cruzaba el cañón con la mula cargada de manzanas. Entonces su silbido rompía el espeso silencio, removiendo el eco y azuzando el canto de los pájaros. Recordó de paso la roca donde, después de bañarse, se sentaba a comer, y más que nunca deseó volver allá. Maldito el día que, encandilado por las luces de Monterrey, partió allá en busca de fortuna. Decepcionado de la urbe, hubiera regresado de inmediato al ejido, si al llegar a Monterrey no se topa con quien sería su mujer. Ahora tendría que ganar más dinero para llevársela también.

En una ventana del edificio más cercano distinguió una mujer de aretes como plumadas, saco de hombros abullonados y estridente maquillaje. Aporreaba una máquina de escribir, riendo y hablando a alguien fuera de cuadro. Aborrecía él estos especímenes que vivían rondando los bolsillos de los profesionistas. Asqueado se volvió a recoger argamasa en la espátula, y entonces con un chiflido la Tota lo llamó desde la azotea para avisarle con un pulgar en la boca que habría "peda" a la noche. Mientras asentía en respuesta, protegiéndose del sol con una mano a modo de vicería, recordó que era día de paga. Bueno, así lo ganaban a uno. Bajó la cubeta con la cuerda y pidió más argamasa, mientras el mendigo mascaba una cerilla.

POR FIN se había atrevido a teñirse de rubio el cabello. La terminó de convencer Shasho el día anterior, tras cortar el pelo. Ahora, mientras hacía una factura, se felicitó por la decisión. Hacía una hora el ingeniero le

pidió una taza de café, y ella con su nuevo corte y una sonrisa que supuso discreta pero irresistible, midió perfectamente el azúcar y la cucharada de café. Había trabajado años en el negocio del codiciado soltero y conocía sus melindres, la estación de radio preferida, la graduación del aire acondicionado, su manía de archivarlo todo.

Seguramente le gustó al ingeniero el color de su cabello, pues después del primer trago de café, mientras regresaba la taza al escritorio, le dijo que parecía actriz de cine. Satisfecha pues de haber apostado y ganado, de nuevo ante su máquina de escribir, hablaba con una compañera sobre los bellos ojos del *inge*, dejando escapar una risa como de quien, además, piensa reír al último. Luego fue al baño a revisar el rímel y su toalla, y entonces alucinó una luna de miel en el caribe con el ingeniero, quien pagaría en todos lados con tarjeta de crédito internacional y derrocharía el mítico champaña.

Vuelta a su escritorio, vio por la ventana un hombre barbón con los pantalones enormes ceñidos por una sogá dorada, en una esquina frente a la iglesia del Rosario. Llevaba una gorra de beisbol y unos lentes redondos sin aros. Pero lo más desagradable fueron sus pantuflas y sus calcetines de un amarillo fosforescente. Olvidando de inmediato al ridículo hombre, regresó a la plática con su vecina de escritorio. Acababa de ver una de esas curiosidades ambulantes, de existencia permitida, con tal de que permanecieran alejadas. Mientras confesaba a su amiga cierta intimidad del ingeniero descubierta recientemente, el mendigo se rascaba los testículos, su otra mano atusaba los bigotes.

ESTUDIO EN ROJO Y GRIS era el título de la pintura inconclusa. Lo decidió cuando desesperado por verbalizar la obra, arrojó el pincel y encendió un cigarro frente al caballete. Primero había deseado una metáfora urbana de fierros y cemento, pero cansado de

mascular las más infelices ("Las arterias de Ford" era la más venturosa), optó por uno de esos títulos modernos que parecen rótulos de archivo. Tomó enseguida el pincel e hirió el lienzo con un par de terribles trazos cárdenos. Sin duda en el pasado hubiera reflexionado mucho antes de atreverse al par de trallazos. No era la experiencia quien le brindaba esta seguridad; la verdad, quería concluir cuanto antes la pintura, pues conforme la realizaba le disgustaba cada vez más.

De repente, hacía un mes, temió la posibilidad de que su talento fuera un fiasco. Pero a su edad no había tiempo para preguntas de orientación vocacional. Dejó el pincel y a rastras aproximó la cabeza al ventilador que renqueaba en el suelo. De nuevo ante la pintura, quiso incorporar un campanario pero no pudo recordar cómo rayos son los campanarios. Dio tres tembleques pinceladas, la cosa no marchaba. Arrojó de nuevo el pincel y se puso la cachucha, condenado a descender la escalera del edificio.

Desde la plaza, escudriñando el campanario del Rosario, hizo un bosquejo en su libreta, y cuando regresaba a su apartamento vio una monja envuelta en su hábito, la cofia y la pechera almidonadas, los ojos embotados. Con escalofríos subió a su apartamento, resuelto a entrometer la Inquisición en un ángulo de la pintura. El mendigo ahora picoteaba sus muelas con el diente de un peine.

DEBIO PERMANECER en el convento toda la mañana, por eso apenas se encaminaba a la iglesia. Juanito el conserje estaba lavando la camioneta y ella tendría que hacer a pie el trayecto. Hacía días que no caminaba, y ahora, sintiendo el fogueo de las ingles, vino a su mente la época en que las excursiones al Rincón de las Ranas no sólo estaban autorizadas, sino incluso eran una obligación por motivos de salud. Sudando vio su imagen en un escaparate, mientras escuchaba el pregón de un vendedor de baratijas.

¡Qué escándalo el de Sor Magdalena! La cosa nunca se aclararía totalmente. En fin, fueron borrados de la tabla de actividades los paseos al Rincón de las Ranas, y Sor Magdalena transferida a Guadalajara. Sin atreverse a cruzar en diagonal la plaza, dio vuelta en la esquina mientras las campanas del Rosario anunciaban la segunda llamada. Indecisa en sacar el pañuelo de su puño, se apresuró para dejar atrás el corro de un merolico. La molestaba el sarpullido de su pecho que no sabía cómo curar. De nuevo pensó en Sor Magdalena, vio un dedo divino señalando a la pobre desde las nubes. ¿Para qué negarlo? A cualquiera le gustaría dejar un rato el hábito en la ribera y arrojarlo al río como vino al mundo. Tal era la tentación omitida en el confesionario.

Ya casi en la iglesia vio hacia la plaza. ¡Por Cristo, volver a ver al hombre! Una mañana después del rosario lo vio comer lo que a todas luces era excremento humano. Estaba él en la escalinata del convento, con una cucharita sacaba la inmundicia de un vaso de plástico, sus pupilas divagando mientras deglutía. A punto de vomitarse, ella corrió a pedir permiso para retirarse a su cuarto, con la misma premura con que ahora entraba a la iglesia para perderse en el más allá.

LUEGO UNOS señores blancos me pusieron relámpagos en la cabeza y casi ni me acordé de matar al Rulas, ya ni lo perseguí. Dice que no, pero sí venadeó a mi hermano y yo juré plomearlo. Lo acorralé en la feria y cuando iba a echármelo, carajo, escapa subiéndose a la Rueda de la Fortuna. Lo mejor era esperarlo tranquilamente, sobarme el pecho para calmarme, pues tarde o temprano a güevo tenía que bajar. Pero no aguanté el coraje y me paré abajo de esa como ruleta, la fusca bien caliente bajo el pantalón. El arote con casitas colgando daba vueltas, y bien cerquita y con los ojos pelones esperé a que el canasto del Rulas diera una vuelta completa.

En uno venía un barbón con gorra beisbolista, en la siguiente una monja. Yo quería ver mejor para darle en el mero pecho cuando le tocara el turno de pasar. En el tercer canasto venía un policía y yo sin planear la fuga, sólo pensando en mi hermano y en tronarme al Rulas. El hijo de puta lo mató por la espalda cuando mi hermano comía unos tacos. Luego apareció un tipo fortachón que estoy por tumbar, pero me detengo porque trae lentes y el aire empezó a zumbiar y a mover las cosas, la taquilla de la mujer araña pasó volando sobre la Rueda y todos los hot-dogs de un tendajo comenzaron a bailar en el aire y la luna se acható y se convirtió en una boca que se carcajeaba porque a un niño se le cayó la cabeza en un plato de frijoles. Llegó entonces abajo una pareja, él cara de pendejo y la vieja bien putona. Comenzaron a caerme mal todos y estaba a punto de descargar la fusca a diestra y siniestra, pero me detuvo un dedo que salió de la cortina de las estrellas. En fin, pasó mucha gente, y luego apareció un canasto vacío y en el siguiente ya estaba de nuevo el barbón de la gorra beisbolista. O sea que el Rulas había escapado saltando de la Rueda, por ahí andaría riéndose con la pata quebrada. Carajo, un zapato volador me pegó en la cabeza y a disparar aunque el dedo de las nubes me regañara. Tiré y tiré a cuanto cosa se movía y el griterío más me encabronaba. Los hijos de puta lo estaban escondiendo.

De repente todo se hizo de gelatina y los perros ladraron por el micrófono. Le disparé a una víbora pero yo traía guantes de box y además mamá estaba viendo la tele. Por eso mejor me subí a la mecedora de mamá y corrí a donde me llevara la mecedora, hasta que se me cayó una espuela y tuve que perseguir descalzo a mamá y había muchos cadillos. La luna se rió mucho y luego se derritió y yo estaba de bruces viéndola. Había muchas caras alrededor, hasta la de Tonino sin pestañear. Yo aullaba para decirles que el Rulas estaba detrás de ellos, que lo atraparan

porque iba a matarlo, pero los ojetes estaban protegiéndolo.

Luego los hombres blancos me pusieron relámpagos en la cabeza y me escapé y me vine corriendo a mi casa que ya no tiene techo. Como a mis horas y ya no persigo al Rulas no sé por qué. Estoy en paz pero la gente todavía me ve con cara de guácala. Día y noche giran alrededor, como moscas incansables, vueltos locos, dale que dale. Me entero hasta de su lunares pero no sé por qué finjo lo contrario, me mantengo aparte como si la Virgen me hablara. Se dan de palos, chillan y se agitan, y yo como... ¡mierda, y yo como si nada pasara! Mis nervios están duros como cables y ni siquiera el recuerdo de mi hermano me perturba. Ya ni me importa que protejan al Rulas, allá su conciencia, yo estoy aquí.

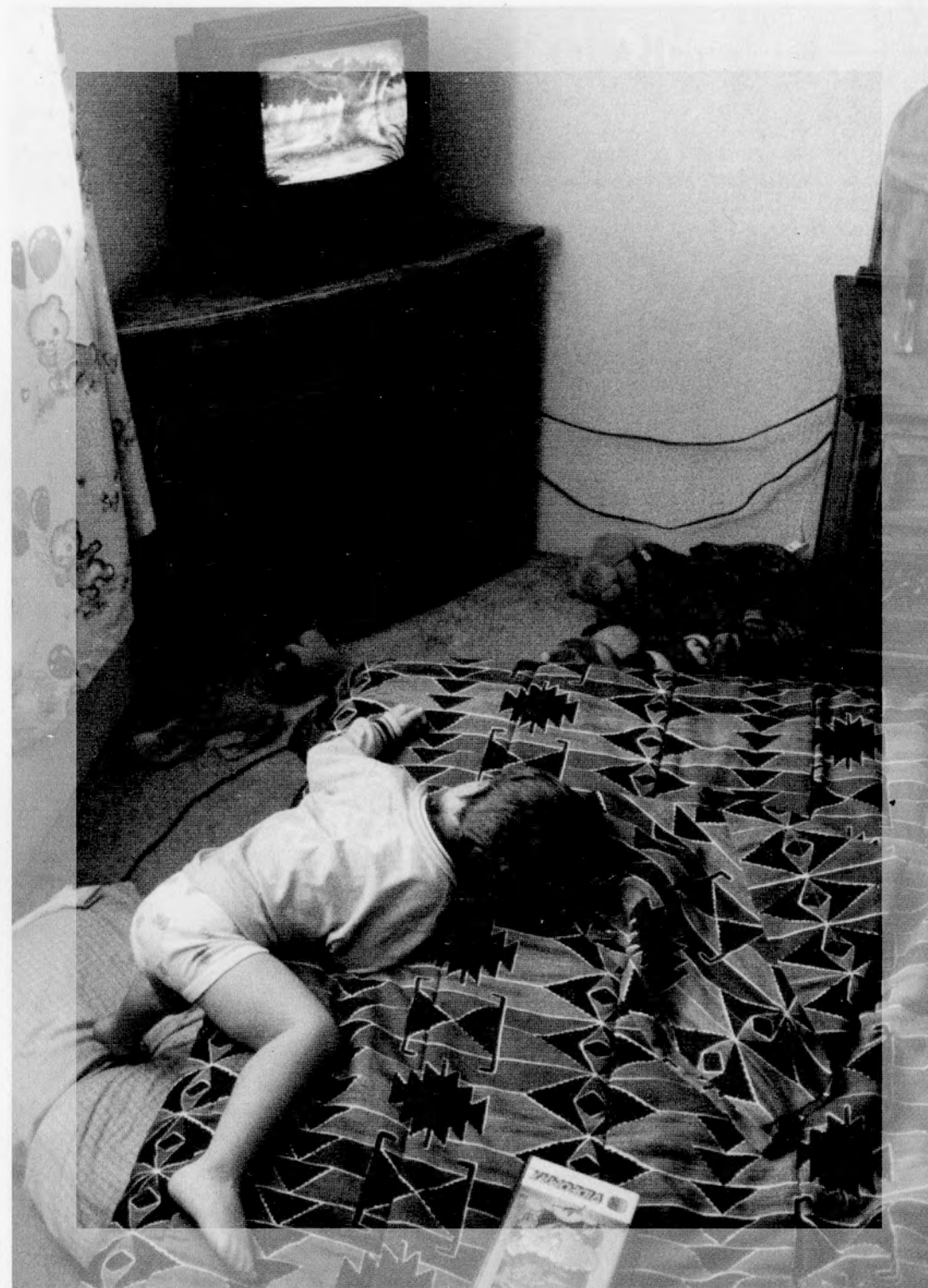
### Estantería



**LA GORRUÑA**  
Basilio Martínez  
Ed. Los Domésticos/Relatos  
1996



**LETRAS COMUNICANTES**  
Marlene Rall y Dieter Rall (Edit.)  
UNAM El estudio/Literatura Comparada  
1996



"El absorto" 1995. Plata sobre gelatina.

## •BAJO SOSPECHA

Graciela España

*A quien nunca consiguió cerezas*

Siempre ha conocido el significado de atávico, pero esta vez prefiere el diccionario, porque intuye que el estigma le pertenece y no quiere que la desesperación la impulse a inventar alguna salida. Cree que los libros no mienten y ahora tiene la certeza. Ella también está condenada.

-Cerezas, cerezas- repite sin evitar sentirse la heroína de alguna tragicomedia. Necesita recobrar la calma, sobrevivir.

Dejar de recriminarse, olvidar el desamparo, ver el brillo del día. Poseer el rojo y el sabor de las cerezas para olvidar, y así inventar de nuevo los colores frente a un mañana que sabe le traerá el llanto y el horror agazapados en los tranquilizantes. La cordura abandonándola.

Depende de la estabilidad para que, aunque difícil y receloso el día, no la vuelva amarga y llena de rencor como le sucedió a su madre. Y como sabe le pasará a ella, si no inventa para sí un exorcismo que la libere. Extraer de la desolación que empieza a invadirla, algo que vuelva pequeño al miedo.

Vislumbra en el recuerdo la sonrisa de su madre extendiéndole un plato de cerezas y aunque la empieza a entender, no puede perdonarla. Ahora no le parece tan inútil y descabellada la salida que utilizó para escapar de los ojos compasivos, pero sigue sin soportar la imagen flotando en la caliente sanguinolencia de la bañera.

Se resiste a matar el pasado, revive el regazo de la madre. Instintivamente se palpa las bolsas traseras del pantalón en busca de dinero; las cerezas serán su triunfo para ganarle al demonio del miedo y salir a la calle con sus antiguos problemas y sus nuevas frustraciones. Con la ambición intacta y la vida reconstruida: como si no temiera, como si nada le fuera a pasar.

-¿Vamos al Mercado del Norte?

Es un fuego fatuo, como lo fue el suicidio

de su madre. Sin embargo comprende que todo es válido, que tampoco aguardará paciente a que la locura le destuya la vida.

-¿Vamos al Mercado del Norte?

Antes que le contesten sabe que tres o cuatro cerezas no le devolverán la tranquilidad que acaba de perder pero ¿Cómo luchar contra lo inevitable, salir del círculo que el destino le ha trazado, cambiar de piel, desaparecer?

-No veo por qué no puedes esperar a que den por lo menos las nueve: es domingo.

Quiere gritar que ya no es dueña de su tiempo: es un espíritu condenado en busca de sosiego, un cuerpo al que le ha sido negado el futuro. Siempre esperó, pero ahora no tiene tiempo. Necesita correr para acallar la angustia, comenzar a inventar los acordes que regirán su vida de realidad disfrazada, crearlos perfectos, vívidos. Intenta quitar la pelusa del botón para cabello que decidió ponerse.

-Déjalo, voy sola, es un antojo. No es importante.

Tiene que salir del cuarto, de la casa. ¿Qué hará, si acaba de encontrar su destino en un viejo libro? Está aterrada, sólo quiere una cereza para recobrar la calma.

-No, te acompaño. Iremos al pueblo.

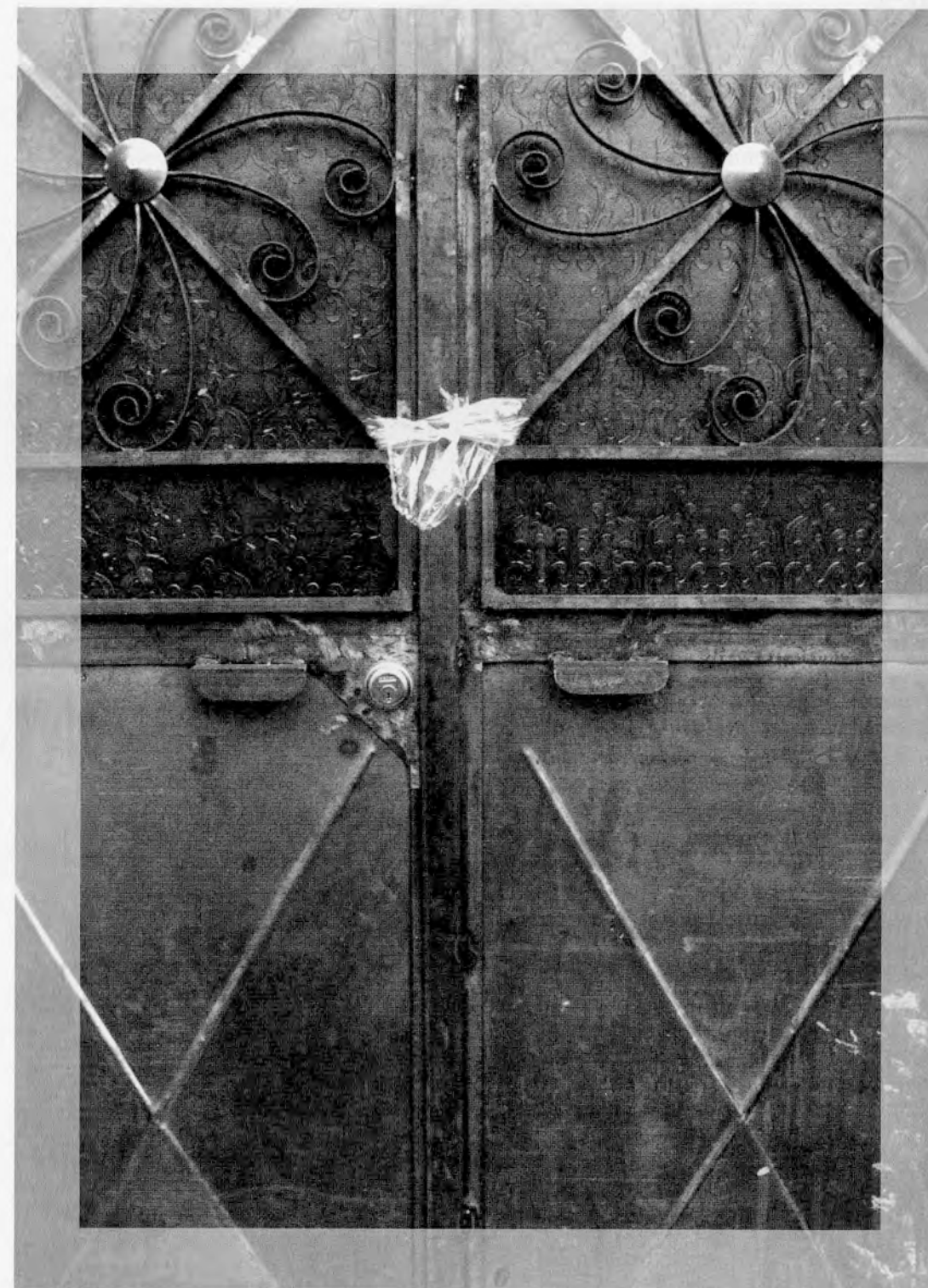
Jorge trata de ganar tiempo; lee la temida amenaza de nuevo y tiene que distraerla. En los gestos y la sonrisa ve la angustia disfrazada, la vieja y adolorida zozobra por el futuro que supone le espera.

-¡Hey! No es para tanto, vamos a una dulcería, ahí tiene que haber.

-Las quiero naturales, por eso venimos temprano. Indefensa se inhibe ante la burla de un destino que se le muestra ahora cuando se creía segura, lejos de la casa materna.

-Bueno, pero después vamos por dulces ¿no? También te gustan.

Lucía asiente y camina con la esperanza en firme mientras él se dedica a buscarlas, como si no le hubieran dicho que en esa época del año no hay cerezas.



*"El candado" Plata sobre gelatina.*

## • TODO EL OLVIDO

Eligio Coronado González

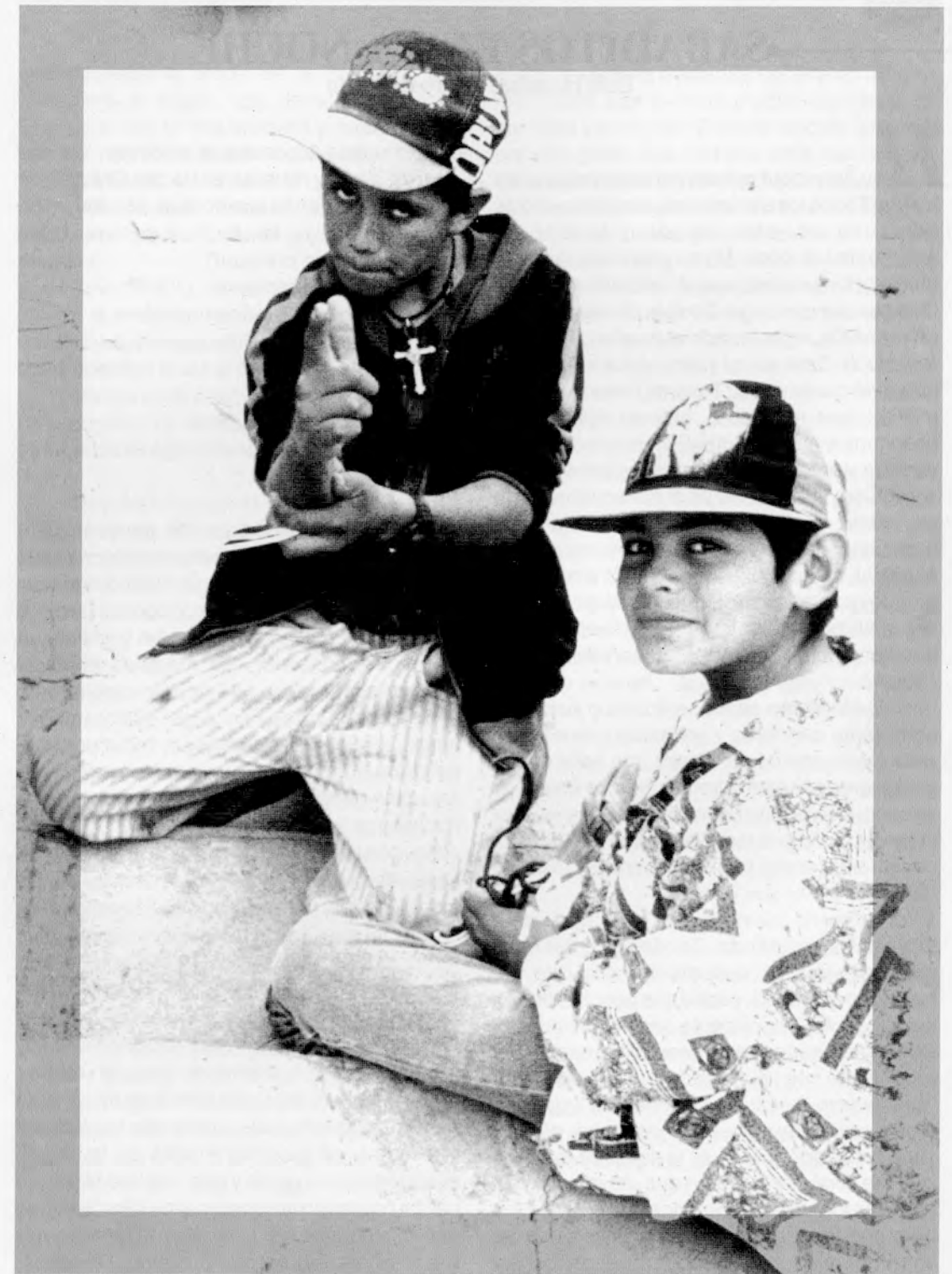
Se detiene la fuerza de tu aliento. La bocina señala el fin de la conversación. La voz sigue diciéndote. Piensas en tu mujer. Cuelgas y la voz sigue allí. El mismo tono ansioso. El mensaje incompleto. Acudes a tu secretaria. No sabe quién llamó. Dijo ser una vieja amiga de la escuela. La voz sigue diciendo que te espera en tal parte. Que le urge hablar contigo. Que no puede esperar. Y piensas en el tipo de voz. Su forma de tratarte. Intima y sugerente. E intuyes la aventura. Pertrechas tu escapada. Señorita, cancele la realidad. Imaginas tu auto mientras bajas al estacionamiento. Lo encenderás de prisa. La calle se abrirá rumbo a la plaza. Necesitaba verte, te dirá. ¿Recuerdas que tuvimos un romance? Pues hay un niño que necesita un padre. ¿Un hijo? Sonríes al manejar. No creo. Velia siempre tuvo cuidado. Y con Laura las cosas eran tan aprisa que no había posibilidades. Aunque... también hubo mujeres de una noche. Si no me das dinero, estarás en la punta del escándalo. Y eso no le conviene a tu posición. Sé que empiezas a destacar en la política. ¿Destacar? Bueno, tengo algunos contactos. Pero no es para tanto. Y acaricias la rueda del volante hasta que el semáforo te permite continuar. Calculas que debiste avisar a tu mujer. Por si se ofrece. Lo harás desde la plaza. La plaza de las citas efímeras. Donde una noche casi desnudaste a aquella chica morena. Nunca pude olvidarte. Sabía que me considerabas sólo un cuerpo a la mano. Disponible a toda hora. Pero yo no era así. Te amaba de verdad. Y todavía. No me casé. Quería que lo supieras. Y en eso te estacionas. La plaza desentona con tus gratos recuerdos. El descuido es terrible. A los truenos les falta agua. Hay tramos sin baldosas y bancas sin respaldos. El pasto es una mancha creciendo a la deriva. La miseria es un cinto que la estrecha. Enciendes un cigarro en medio del diluvio. Regresas a la

voz. Has estado buscándole una imagen. Pero los años se eslabonaron demasiado rápido y abundan los registros borrosos. Tampoco en las miradas de la gente que pasa encuentras la respuesta. Enésimo cigarro para una misma duda. Repasas relaciones, contactos y detalles. Posibles paraderos de antiguos amoríos. Y parece que todas se pusieran de acuerdo. Las que están en la plaza. Que voltean a mirarte. Con tu traje de alpaca. Y el reloj que acentúa tu personalidad. Sentado en plena tierra. Buscando inútilmente la fuente de una voz que tal vez en su estado se equivocó de número.

Estantería



**FUNDIDORA. DIEZ AÑOS DESPUES**  
Sandra Arenal (Comp.)  
UANL Conarte/Historia  
1996



"El futuro judicial" 1996. Plata sobre gelatina.

## SABADITOS EN LA NOCHE

Luis Humberto Crosthwaite

**H**ey, hey, aquí nomás mirando pasar a las beibis. Todos los sábados aquí me encuentras sentadito en esta esquina, tripeando, agarrando mi cura. Mira, ¿Ya viste aquella morra? Por eso estoy aquí, mirando mirando. Qué quieres que haga. Toda la pinche semana en el trabajo, aguantando al pinche gringo, *it's too much*. Este es mi único desahogo. Para qué quiero otra cosa. Tuve muchas ondas en mi vida, tuve mi esposa, tuve mi hija, tuve mi casonona y mi carrotote. Eso ya pasó, carnal, ya es pretérito, *the past, gone with the pinche wind*. Cómo te diré. No sé si me explico: yo no soy como cualquier imbécil que se la pasa guachando a las beibis, nel, soy un imbécil especial, al tiro. ¿Me entiendes? Ya recorrí el mundo, ya nadie me cuenta lo que es bueno y lo que es malo. Yo escogí los caminos y escogí también que mis sabaditos pasen desde esta esquina.

Cuando me canso, entro a un bar y me echo unas cervezas y ya estuvo, *like brand new*. De vez en cuando pasa una beibi que le gusta que yo la esté mirando, una de ésas que aguanta que le diga cosas locas y después no se enoja. Siempre las detecto como florecitas campiranas y voy tras ellas para arrancarlas del suelo y oler sus raíces.

Primero camino de lejecitos, así, tanteando tanteando, le doy muchísimas oportunidades de que me vea, de que me barra con la mirada, saque sus conclusiones y se decida. En sus ojitos se nota la conclusión. Ahí voy acercándome, despacito, casi estoy tocándola con el brazo cuando le digo: "guasumara, beibi, *do you feel like I do?*" La morra responde: "*yo no te conozco, aléjate, viejo estúpido*". "Uyuyuy", le digo, "*se me hace que me confundí*", y como que me voy, ¿ves?, meto las manos a los bolsillos y de reversa. La beibi puede ser muy orgullosa y de regreso me voy hasta mi esquina, ni modo, buenas noches;

pero muchas alcanzan a decirme "*ya me acordé de ti, ¿no eres el tío del Creizi?*"

—Órale, pensé que no tibas acordar, mija.

—Simón, ya sé, ta muy oscuro. ¿Qué andas haciendo por aquí?

—Tripiando tripiando. ¿Y tú?

—Estoy esperando a una prima, la Pricila.

—Órale, simón. Creo que la vi por allá, no sabía que la buscaras si no le hubiera dicho que aquí mero.

—¿Por dónde la viste?

—Por allá. Si quieres te digo exactamente dónde.

—Sobres.

Y le caminamos para allá, para acá, para acuyá, entramos a este barecito oscuro en la Calle Cuarta, nos echamos un pisto, dos pistos. Ella empieza con una cocacola, tarde o temprano le sigue con una cuba y al final ya estamos tequileando. La mentada prima ni sus luces y la verdad es que yo creo que no tiene ninguna prima Pricila, *get it?* Yo tampoco tengo sobrinos así que es un buen contrato éste que firmamos: el uno para el otro, *made for each other*, ¿no crees? Ya entrada la noche nos vamos a un hoteluco, ¿qué otra cosa puede hacer un par de mentirosos? Cotorreamos sobre cualquier tema. Yo los manejo todos: política, deportes, la canción de moda, lo que sea. Hasta que ella me dice "*cómo le haces pa saber tanto*" y le digo "*pos leyendo, mija*". Y como que si las morras alucinan con ese rollo, ¿tú crees? Nunca han conocido a un bato que lea y suponen que soy muy inteligente como si leer te hiciera inteligente, juar juar, *the joke's on them*. Está bien porque con ese cuento me las llevo al hoteluco y en su alucine ellas se imaginan casadas con un genio y con muchos hijos que nacen hablando un montonal de idiomas. Y en ese mismo alucine, carnal, le siguen en mis brazos hasta *tomorrow morning*. Después,

cuando llega la cruda de la mañana, nos ponemos la ropa, nos damos un besito (¡cuidado con el mal aliento!) y nunca de los nuncas nos volvemos a ver. Siempre le digo "nos guachamos *next week*".

—Simón, nos vemos.

—Por aquí voy andar, ya conoces mi esquina.

—Simón.

Ellas nunca regresan, lo aclaro, y yo siempre estoy aquí, cada sabadito, mirando a las beibis.

Nunca es la misma, ¿sabes? Las beibis no regresan. Yo sé que nunca regresan.

### 2

Hoy está haciendo calor, a veces hace frío o a veces llueve. Cuando llueve es una buena chinga estar aquí sentado en mi esquina, me mojo todito. Aquí me quedo empapándome, *singing in the fucking rain*, y la raza de los bares a mi alrededor, los cantineros y los meseros me dicen "*gringo loco*" y se ríen, me cae que se ríen como si fuera muy chistoso. Yo no les digo nada porque ya los conozco: Jaime, Rudy, Joaquín, Manuel y Laurita la delgadita. Para comenzar ellos saben que yo no soy gringo, no como ellos me dicen, ¿ves? El gringo es otro rollo, se cree dueño del mundo; yo no, yo nomás tengo esta esquina que es mi universo. Ahora, mi patrón, ese güey sí es gringo, para que veas, a *pain in the fucking ass*. Pero yo no. Claro que no soy de por aquí, cómo explicarlo, sí soy gringo pero no soy gringo, ¿no me comprendes? Hay más unión entre esta raza, entre los meseros y yo, que con toda la bola de gringos-güeros-atole-en-las-venas. Este es mi escape, mi esquina. El pasado agrio lo dejo allá en el norte, del otro lado de la frontera, como se dice. Todo se queda en los *United*, el *fucking* patrón y toda su gente, y yo aquí le sigo, semana tras semana, con mi esquina.

Laurita la delgadita no se ríe ni se burla de mí, tengo que aclararlo. Me refería a los

batos, Laurita la delgadita no, ella no. Ella es una morra que no-tiene-mucho-que-decir, no se mete con nadie. Cuando decido entrar al bar me gusta que ella me sirva las copas y como ya sé cuáles son sus mesas, pos por ahí me siento y ella siempre está sonriente y yo nunca le he tirado la onda, deveras, *scouts honor*, yo nunca le he dicho cosas locas como a las otras beibis. La verdad es que Laurita la delgadita se lo merecería, para qué negarlo, con mucho gusto, casi como un deber, le chuparía los huesitos y le mordería el tuétano toda la noche. Pero no sé. La veo y no sé. A veces simplemente decido no mirarla. Me sirve la cerveza y bajo la mirada. Así. ¡No se ríen, pendejos! Bajo la mirada porque a veces su sonrisa me deslumbra como si fuera el sol, me llega como un eclipse, sus dientes se enroscan en mi alma y para qué le sigo. Mejor me quedo callado porque ese tipo de cosas me hacen verme como un estúpido, como un bato que no aguanta los trajines de la vida y la neta es que yo he aguantado muchas ondas, malas y buenas. Soy duro, ése, duro como este piso, y si no me crees asómame a mis ojos, aguántame la mirada, ¿Ves?, me quito los lentes oscuros, ¿Ves?, soy duro pero la sonrisa de Laura es suave y brillante como el cofre de un carro recién pintado. Esa Laurita la delgadita, mejor no la veo, ¿Okey?, mejor cambio de tema, ya no hablo de ella.

### 3

Me he ganado muchos amigos, sentado por aquí. Batos desconocidos a veces llegan y se sientan conmigo. No muy cerca, ya saben que me enoja que se amontonen, *don't like the crowds, man*. Como tú, como muchos otros que tienen ganas de platicar, se sientan calladitos y yo finjo que no los veo al principio, como si mi esquina fuera esquina de todomundo y cualquiera se pudiera sentar aquí, democráticamente, sin importarme.

Entonces los dos sentados, mirando a las beibis. Luego el bato tarde o temprano me habla, me invita un cigarro, me dice que



guache las piernas de aquella morra de minifalda. Yo sonrío, sin mirarlo, no quiero darle mucha confianza, no conviene si lo acabas de conocer. Mejor, si tiene algo que decirme que lo diga ya, que no se ande con rodeos y nomás que no me salgas con ondas extraterrestres, que no me lance rollos alienígenas porque entonces no sé cómo voy a responder. Respeto, eso es lo que pido. Por eso me dice lo de las piernas de la morra con minifalda, yo creo, para dejar el asunto aclarado. Bueno, pues entonces resulta que anda buscando a una morra. Simón simón, ese bato anda buscando a su beibi, su arroz con leche y canelita en polvo que se le perdió desde hace tres meses.

—¿Desde cuándo? —le pregunto.

—Desde hace tres meses.

—Uy, compa, si se largó hace tres meses no es que ande perdida, *she's simply outta here*, ya *no more*, ya no quiere contigo, ella es un adiós desos que se dan en el aeropuerto cuando el vuelo no es redondo, ése.

El bato se queda callado, pensativo. No dice más. Así que tengo que voltear a verlo, echarle una ojeada por encima de mis lentes oscuros porque me imagino lo que viene y ahí está su cara triste montada en su cabezota. El pendejo está a punto de llorar, te lo juro, le tiemblan los cachetes y tiene la boca arqueada como si estuviera a punto de caerle al piso. Eso sí que sería extraordinariamente mala onda, un bato llorando por una morra, y luego en mi esquina y delante de todomundo como si yo fuera el que lo hace llorar y no su beibi ausente. "*Momento momento*", le digo, "*no me digas que vas a llorar porque eso sería extraordinariamente mala onda, no se hace, simplemente no se hace en público, compa, aliviánese o márchese quenesta esquina sólo hay lugar para un corazón flagelado, good bye, ése.*" Te digo que lo bueno es que se aliviana a tiempo. Yo ya estaba pensando en recurrir a la fuerza. La verdad que no estaría bien golpear a un hombre que está llorando, eso está en el mismo nivel que golpear a un

pinche cuatrojos, pero también la paciencia se colma y se derrama y deja correr sus aguas salvajes. El bato deja de amenazarme con su alma herida y yo alcanzo a decirle "*está bien pues, ahora lárgate mucho*" y el bato se larga mucho no sin antes decirme "*gracias*". Un pobre "*gracias*" que de nada me sirve esa noche ni la noche siguiente, un "*gracias*" para tirar a la basura y olvidarse de él.

## 4

Te voy a decir cómo es esta calle, cómo es mi esquina, cómo es la raza que pasa por aquí en las noches. Sí sí, se trata de min-ter-pre-ta-ción personal, ya sé que tú también puedes verla, ya sé, ya sé, no me interrumpas que estoy inspirado: la calle es una línea recta, sucia, rodeada de cantinas, farmacias, hoteles cabarets, restaurantes y muchísimos lugares que venden artesanías, no tiene una iglesia o una cruz roja que la redima y la salve del infierno cuando se muera.

Dime la verdad, ¿nos parecemos o no?

Mi esquina está en la Calle Sexta, no es distinta a las otras esquinas, la de la Calle Quinta o la Tercera, la diferencia recae en que yo estoy sentado aquí todos los sábados mirando a las beibis. La raza es distinta y es la misma. La mayoría son gringos gritones, jóvenes que llegan en montón, se meten a un bar o a un cabaret y salen más noche totalmente emborrachecidos y más estúpidos que cuando entraron. Casi no hay batos viejos como yo, salvo los cantineros como el Rudy en el bar de enfrente y el Manuel que está más allá.

Las morras gringas me ignoran como princesitas, ya ni me acerco porque no tiene caso. Así les hables en inglés o en chino se hacen las desentendidas. Guasumara, beibi, y pasan "a mi lado con gran indiferencia, sus ojos ni siquiera voltearon hacia mí".

Al principio les hice la lucha, por qué no. Lanzaba mi mejor verbo, cantaleaba una cancioncita cursilona de los Beatles, les bailaba como *the biggest fool on the hill*, les contaba un chistecito, les decía "*haven't*

*I seen you before?*" Todo el *show* y nada. Como si yo fuera el hombre invisible y se me hubieran olvidado las vendas en mi casa, ¿me entiendes? *Nowhere man*, ése. Colorín colorado, compa. Así que mejor me dedico a las mexicanitas que son más corazón, menudo, chuleta y, sobre todo, *take note*, mi extraordinaria y mortal debilidad en el universo. Hasta un NO gordote y relleno de mostaza les aguantaría a esas morras, favor que me hacen al fin y al cabo por estar aquí adornándome el mundo con su presencia, *my sweet lord*, como si fueran foquitos de navidad en el arbolito de mi vida.

Otra raza que hay por aquí son los polis. A esos ya los conozco de nombre y a veces tengo problemas con ellos. No soy un santito, *sorry. Who cares*. Hasta me saludan, "*cuidadito, no se vaya a portar mal esta noche*", me dicen con la burla en el rostro, y hasta les digo "*buenas noches, oficial Castillo, cómo cree usted, ni un 10-38 ni un 10-39 habrá en esta noche linda y plagada de estrellas*", así, muy hipócrita como si me importara un *fuck* su pinche represión. Ellos navegan en sus patrullas toda la noche y parece que enderezan la espalda cuando pasa frente a ellos una beibi hermosa. Al rato ya los descubres agachados y arrastrando los puños en el suelo como son por naturaleza.

## 5

Es el mejor lugar para estar solo porque nunca lo estás. Si tienes ganas de pensar, aquí no puedes. Si te invaden los recuerdos, aquí les pones el alto. "*You want a taxi?*" Miras a la gente, sus rostros felices, bravos, furiosos, toda la noche, uno tras otro, los ojos redondos y rasgados, las cabezas rapadas, los cabellos lacios, chinos, ondulados, rubios, oscuros, verdes y azules, la piel morena, blanca, negra, los ceños fruncidos, las carcajadas sonoras, los cuerpos flexibles, las sillas de ruedas, pásenle, pásenle, aquí hay paso para los encantadores y los enfadosos, para los saludables y los moribundos, "taxi taxi", sexo

en los carros, en la gente y en los basureros, cualquier mirada es sensual, cualquier par de labios, de manos, de piernas, de axilas, los olores dulces, perfumados, sudorosos y podridos de las alcantarillas, litros, hectolitros de cerveza, megagalones de licor, costales de droga y dólares, billetes verdes moviéndose entre manos, deslizándose entre piernas, atrapados en pantaletas y calzoncillos y música, techno, rap, disco, salsa, rock, norteñas, un paso es una melodía distinta, el catálogo completo, la humanidad buena y mala, cielo e infierno, la bondad, el carisma, el odio, la venganza, todo está en venta, alimentos, tragos, cuerpos, objetos hechos a mano en el instante, objetos importados de tierra lejanas, "taxi taxi", ¿Te gustan los hombres?, ¿Te gustan las mujeres?, aquí te pierdes o te salvas, aquí descubres tu verdadero yo, el nirvana, el devenir, el último grito de la moda.

—*Sir, you want a taxi?*

## 6

A veces platico con el Rudy. En esas noches que Laurita la delgadita anda de mal humor y yo parezco un par de zapatos viejos y estorbosos, me acerco a la barra y dejo que el Rudy me cuente las penas de su vida.

—¿Que no es al revés? —le pregunto—, ¿A poco no dicta el cliché que los batos que llegan aquí le confiesan sus broncas a los bartenders y ellos aconsejan como psicólogos-natos que se supone que son y serán por sécula seculórum?

—No seas bruto, es puro cuento.

—Yo suponía que era un requisito, carnal.

—¿Un qué?

—Un requisito pagarrar trabajo de bartender, ése.

—No no, ni los cantineros ni los peluqueros ni los sacerdotes ni los psicólogos son psicólogos natos.

La realidad es que el Rudy debe saberlo bien porque él ha intentado un poco de todo eso. Está igual que yo, con los años encima

y sin un futuro con el que se pueda contar para lo más mínimo. La diferencia es que yo brindo con una cerveza en la mano por todas las malas ondas del pasado, me río de ellas, las reto, les escupo en la cara, las estrujo y a veces, en los mejores momentos, las echo de mi vida por ser recuerdos malagradecidos. El Rudy, pobre Rudy, carga sus penas como si fueran una gran cruz de madera, los clavos oxidados traspasando las palmas de su mano, la sangre chorreándole por el pantalón y ensuciando el piso del bar.

—Aliviánese mi Rudy, tómesese un tequilita, *it's on me*.

—No no, ya sabes que trabajando no se puede.

En cuanto se aleja el Ciruelo, su patrón, no se echa un tequilita sino media botella de un trago. Órale, así se hace, como en película de Jorge Negrete, aaaaaajajay, muy bien.

Lo digo desde ahorita para que sea claro como el anís del chango: nunca lo he visto derramar una sola lágrima. Sus ojos brillan de vez en cuando pero es igual que conmigo, el brillo de la puritita nostalgia, ese saber pinche que los que se fueron ya no volverán.

## 7

¿Cuánto he leído? Uy, te puedo dar listas y listas de títulos, beibi, te puedo contar aventuras, historias completas que nunca pasaron fuera de un libro. Pero no te voy a decir ni un solo título, eh. Tampoco te recitaré un poema aunque las estrofas me bailen en la cabeza.

Trato de olvidar la poesía, ¿Ves? Los cabrones versos no se alejan, se aferran, son mi condena. Juré que nunca iba a leer otra página, por Dios, dije, por el Diablo, dije, no voy a tocar un libro, voy a olvidar mis lecturas. Se borrarán de mi memoria como si nunca hubieran entrado, como si una sola palabra nunca habría pasado delante de mis ojos.

Ese fue mi juramento estúpido y mi condena fue haberlo intentado. La poesía no se va, beibi, es un tatuaje en el cerebro. Cada

verso gira en tu cabeza para siempre y cuando te mueres, supongo, es lo último que escuchas: la poesía indeleble, crónica, mortal, incurable.

## 8

Me quedan cuarenta dólares en la bolsa. Mucho o poco, depende lo que quieras hacer. *If I want to gamble* no me sirven para nada. Puedo encaminarme dos cuadras y ver los niños chulos vascos, mama's boys, aventando su pelotita contra la pared o puedo sentarme por ahí mismo y mirar las carreras de caballos o el box en la televisión. De esa forma le puedes decir *good bye* a tu dinero en un par de horas y ya que no tienes dinero no sirves para nada en esta calle vividora, nadie te fía ni siquiera el Rudy que compa, así que *so long*, ya es hora de regresar a casita; ahora, si eres un buen inversionista, muy Wall Street, muy Dow Jones, te la llevas *slow very slow* con tus dolaritos pa que te rindan toda la noche para una cerveza ahorita y una cerveza al rato.

A veces te metes a uno de los congales aledaños para bailar con las doñas una cumbia calientita que te despierte las piernas. Eso no sale muy caro. Ellas son unas auténticas profesionales que nunca sonríen cuando bailan. En la mesa sí, cuando están contigo en la mesa, sentaditas, se ríen de todas las burradas que les cuentas.

El baile es un ritual sagrado para ellas, algo así como rendir juramento o declarar un testimonio ante la corte, como promulgar los derechos o recibir el sacramento, como si ellas estuvieran en misa y la oración fuera la cumbia sabrosona, amén. Se sumergen en la danza y uno hace lo mejor por seguirles el paso, uno-dos, uno-dos, nunca resulta, *this bato ain't made for that shit*, siempre las ando pisando, sorry sorry doñita, y ellas me dicen, en un inglés que ya quisiera yo "*don't worry, mijo, it's part of the job*". Siempre me dicen lo mismo, ya bien ensayado. Luego le pregunto a Margarita la doñita, en medio de un danzón, uno-dos, uno-dos:

—¿Ve aquella señora?, ¿la mira allá en el fondo?

—¿Qué tiene, mijo?

—Se parece a mi mamá, quen paz descanse.

—Ya me lo dijiste, mijo, ¿no te acuerdas?, la semana pasada.

—¿Cómo se llama?

—¿Otra vez? Se llama Azucena, mijo, ya te dije. Tiene muchos años aquí, más que yo.

Azucena, su cara redondita, las arrugas onduladas, sus manos iguales que mi mamá. Yo creo que muchos batos ya le han dicho que se parece a sus mamás porque cuando me acerco, mis palabras se esfuman entre la música y el humo de los cigarros, no significan nada para ella, las guarda en su monedero y se acabó. "A bailar, sí o no." Ella no es de las que platica, quizá la única diferencia con la auténtica *mother* que escurría sonidos por todo el cuerpo. "*No bullshit, just dance*", me dice. Tal vez Azucena es como la madre de todos los que entran a este congal. ¿A poco no? "*Estás loco, güerito*", me dice Margarita la doñita con quien estoy bailando, uno-dos, uno-dos. Sorry, doña. Tal vez ella es la madre de los batos que vienen a bailar y de los pinches policías y de los gringos que se emborrachan en esta calle. Tal vez Azucena lo sabe muy bien y por eso no contesta y baila las cumbias.

—¿No sería una buena explicación para su apatía?

—¿Para su qué?

No no, para qué invento, doña, lo más seguro es que guarda silencio porque nada le importa en el mundo, incluyéndome a mí y a mis estúpidas palabras.

## 9

Oye Laurita, ¿Me dejas hacerte una pregunta? Una pregunta inofensiva, íntima, una pregunta que si no quieres responder no hay bronca, una pregunta sin conflicto ni compromiso, que no te obligue a contestarme con frases célebres como "*¿Acaso estoy en*

*un lecho de rosas?*" o que cambie tu concepción del mundo o de la vida o deste viejo borracho o de lo que quieras, una pregunta sin mayores intenciones que una respuesta llana que dé pie al rollo que testoy a punto de soltar. ¿Me dejas hacerte una pregunta? Ándale, Laurita, una pregunta antes de que te vayas a rondar las otras mesas o de que el Ciruelo te diga que no pierdas tiempo cotorreando con los clientes. Más vale que se calme ese bato, que noteche esas miradas de patrón de la gestapo que al cliente lo quel cliente pida y a Dios lo ques de Dios. Ándale, Laurita Dientona, sonrisita minifaldera, ándale, qué te cuesta responderle a este viejo su pregunta que no es de malas palabras pero sí muy sincera y proveniente del corazón.

Mi corazón no se lo enseñó a nadie, Laurita, me cae que no se lo he enseñado a nadie desde mi otra vida. ¿Ya te dije que tuve otra vida, que me morí, que volví a nacer como en una  *fucking* reencarnación? ¿Ya te dije que yo era mejor en otro tiempo? Ah caray, me traicionan las cervezas: ya estoy diciendo pendejadas. Bueno, la verdad es que tú tienes que saber que en la vida del ser humano hay delantes y patrases, y si pudiera hacerte un dibujo pensarías que es una carretera, simón, pensarías que es un mapa porque eso es la vida, rectas, curvas, vados, puentes, accidentes... Mira esta raya: el punto de origen es cuando naces, luego le sigues le sigues y pasa tu infancia y adolescencia y por allí el camino empieza a convertirse en dos. Tú no sabes pero tomas decisiones elementales en esa época que bien podrían cambiar el rumbo de la carretera. Guacha: en esa época yo estaba enamorado de una pecosa de trenzas, yo tenía quince años y ella tenía quince años y nos dábamos besitos en las calles oscuras a escondidas de su papá. Yo me quería casar, Laurita, me quería casar porque en esa época el amor para mí era un besito en la calle; ella no estaba segura, ella pensaba como si ya fuera grande y me hablaba de terminar la escuela, ir a la

universidad, ser doctora o ingeniero o ya no me acuerdo qué. En fin, le puse un ultimátum, así: o te casas conmigo o me voy a la chingada en busca de otras pecosas y trenzudas. Tengo bien grabada su cara llena de espinillas, Laurita. Nunca he visto tantas lágrimas en una sola cara, lloró como si fuera el gran diluvio y Noe ni sus luces, me cae. Chille y chille la condenada chamaca como si le hubiera roto el pie derecho o le hubiera dado un golpe en el cachete izquierdo, me cae. Lloró tanto que empezó a dolerme. Sí sí, aunque no me lo creas, el llanto de otra gente puede dolerte en ciertas regiones del cuerpo. A mí empezó a dolerme por aquí, mira, donde me habían hecho un tatuaje con su nombre. Este pinche tatuaje no se quita ni con Ajax, me cae. La abracé y le pedí perdón y disculpas y le conté chistes y le inventé historias. Hasta le improvisé un poema, Laurita, el primer poema que yo inventaba y que hablaba de sus ojos cafés y de sus manitas finas con el anillo que le regalé. Y a que no sabes qué: dejó de llorar, la condenada. Dejó de llorar y me dijo, *more or so*, "qué gacho eres, yo pensé que me querías pero resulta que no me quieres".

Triple gulp.

Tuve que explicarle, utilizando los mejores argumentos quinceañeros: que me había equivocado sinceramente, que así pasa a veces, que uno comete errores, que no debía tomármelo a mal, que *I'm sorry*, beibi. Pero, sabes qué: la pecosa se hizo de piedra y me mandó a volar con la dignidad de una marquesa solterona. Así, de veras, me cae.

Yo me encabroné tanto con ella que casi tumbo la puerta de su casa con los gritos que le echaba desde afuera. Ella nunca los escuchó. Después de un rato, su papá salió y con mucha cortesía y elegancia me dio una sarta de patadas en el trasero, o sea en mi orgullo que era lo mismo, y escapé gritando lamentos agudos como un perro recién machucado.

Sufrió, sufrí, sufrí, sufrí, sufrí, sufrí, sufrí, sufrí, sufrí que no te imaginas.

Ni se me ocurría que cuando ella eligió no casarse, la carretera comenzaba a girar hacia otro rumbo, y lo que sucedió después, bueno y malo, hasta este momento, hasta este bar, hasta esta mesa, hasta el Ciruelo mirándonos así, se debe, en parte, a la pecosa orgullosa y pinche que no se quiso casar conmigo cuando yo tenía quince años.

Por eso mismo necesito que me respondas una pregunta, Laurita, una sola pregunta inofensiva, íntima, sin compromiso que bien pudieras contestar o no, ¿Okey?, no hay bronca. Es una pregunta importante, pon atención, una sola pregunta:

¿Tienes papá?

Claro que ésa es la pregunta. No te rías. Es muy importante para mí. No es algo que se me acaba de ocurrir; bueno, sí se me acaba de ocurrir pero tiene un sentido específico. No te burles, Laurita, que tan serio como las noticias del hambre y la guerra en el mundo, así que no te rías y que el Ciruelo se calme que si no me paro y ya verás cómo se pone el asunto. Está bien, está bien, me calmo para decirte lo siguiente: yo no soy papá de nadie, fui un papá de alguien pero ya no. Se me acabó la paternidad justo en este punto de la carretera que estoy dibujando, mira, aquí donde la curva se vuelve muy pronunciada, donde es peligroso, donde uno debe bajar la velocidad porque si no... A partir de entonces el camino volvió a cambiar, dio una vuelta en u, se degradó, se acabó el asfalto, se volvió terracería, se llenó de baches, *end of the road*, callejón sin salida...

Entonces fue que volví a nacer.

Ya estoy diciendo pendejadas, ¿Verdad? ¿Cuántas cervezas llevo? ¿Cuántas? Y cómo las voy a pagar. Espera espera, por aquí traigo un billete. Andrew Jackson, *terrible president but good currency*. ¿Qué te estaba diciendo? *Who cares*. Ya vete, Laurita, no vale la pena golpear al Ciruelo.

Mejor me acabo esta cerveza y me voy.

## 10

Margarita la doñita me dice "bésame aquí" y le doy un beso justo donde me indica con el dedo. "Ahora bésame acá" y, como niño obediente, le entrego un beso jugoso en ese otro lugar. "Abrázame fuerte" y la enredo entre mis brazos y le acaricio la espalda. *I got the point*, doña, déjeme usted lo demás. Le quito el cabello de la frente, le sonrío, toco su mejilla rasposa como lija. Se pinta demasiado, me parece. Tire el chicle, doñita, por favor. Le voy a dar otro beso muy parecido a los que untaba Clark Gable sobre las mujeres hermosas de Hollywood. Empezará con delicadeza, como plantando la primer semilla en un terreno que ya imagino lleno de hortalizas, luego el beso tomará confianza, sentirá en su piel un nuevo idioma y leerá para usted poemas en Braille. Le hablará de temas profundos buscando conmovérsela hasta las lágrimas. Para finalizar, el beso plantará un estandarte y dirá "este continente es mío".

—¿Dígame, Margarita, si eso es lo que quiere?

—Uy sí, mijo, eso mismo es, exacto exacto, lo que quiero.

—Ándele pues, doñita, cierre sus ojos que ahí le voy.

Ella cierra sus ojos y la contemplo unos segundos, la dejo que suspire y se desespere y se canse, justo cuando siento que abrirá los ojos enfadada me acerco a su boca y le deposito mis labios, primero con suavidad, después con humedad y finalmente con deleite. Así lo hizo Clark Gable. Así besó a Vivien Leigh y a Carole Lombard, así con sus orejotas y su rayita de bigote, así así.

—¿Estodo?—me pregunta la doña Vivien.

—¿A poco quiere más? ¿A poco no vio estrellitas? Dígame la verdad: ¿A poco no volaron sus golondrinas hacia San Juan Capistrano?

—Lo que tú digas, mijo.

—Ya me tengo que ir, doña, nomás vine por una cerveza.

—No me hagas eso, güero, tú sabes que testaba esperando. Tú eres el más fuerte, eres

el más guapo y te quiero con toda el alma.

—Juar juar, ¿no me diga que usted todavía cree en el amor?

—¿Por qué no voy hacerlo, tú?

—Calmada, doñita, como diría Daniel Santos: amor es ese algo sin nombre que obsesiona al hombre...

—Tú no me entiendes, güero.

Qué quiere que yo entienda, ¿Sus palabras? No las entiendo ni las escucho. Son huecas como las mías, deshaciéndose por tanto uso y reuso, los mismos verbos conjugados hasta el desgaste como los pistones de una máquina sin aceite.

Nos quedamos en silencio. La música, amiga vieja de la noche, no sabe qué hacer y se calla. Algo se sale de doña Margarita, una luz, un resplandor, lo veo escaparse de su cuerpo, lo veo dar unos pasos inseguros y después caer al suelo. Se echa un trago de mi cerveza y sonrío un poco:

—Bailamos la que sigue, mijo.

## 11

¿Te digo una cosa, compa? Laurita la delgadita tiene una sonrisa que me arroja sus dientes a la cara. Una sonrisa amplia, grandota, que le cubre el rostro como una media luna. Hasta puedo contar sus dientes, *really*, incisivos, caninos, premolares y molares. Cualquiera los puede contar y eso me da celos. Soy un bato que no está exento de celos, traigo mi colección de celos en la cartera. Mira, son como estas fotos. Míralas bien porque rara vez salen de aquí, míralas bien porque nunca las volverás a ver. Esta niña, ¿Observas esa sonrisa? Ni-ñiiiiii-ta. *Repeat after me*: ni-ñiiiiii-ta. No sé por qué te la enseño, será porque me brindas confianza, carnal, como si fueras un compa de hace años.

¿Mis amigos de verdad? Ellos qué saben del dolor, son pretérito, *gone gone gone*, nunca tuvieron que tragarse mi dolor como si fuera un tarro de amarga saliva, los dejé en el pasado, en mi otra vida. Mis amigotes... tú podrías ser uno de ellos. Ya me olvidé de sus

caras, ¿no eres tú uno de ellos?

Me vale madre, neta.

Ahora he decidido nombrarte mi compita del alma y te voy a enseñar las *pictures* de mi cartera. A ver a ver, ¿Ya te aprendiste su nombre? Ni-ñiiii-ta. *What's in a name?* Y esta mujer, mírala bien, mira sus ojos. Es-poooo-sa. Sus ojos, compa. Como dice la canción: necesitabas todo el santo día nada más para mirar en sus ojos. Y ésta otra foto, mírala, sin miedo, es *my mother*, la matriarca misma, quen paz descansa, incubadora de mi vida, gordita y simpática, chef de altura, creadora de los mejores chiles rellenos de gringolandia. Quién falta en esta familia feliz. Adivina, ándale. Los hombres, los batos, los rucos. ¿Dónde estoy, dónde está mi padre? Un premio si adivinas. Estoy en mi tra-baaaaa-jo, carnal, en la  *fucking*  escuela donde daba las pinches clasesitas a los niños enfadosos del barrio, ganándome el pan de cada día, enseñándoles el  *fucking*  inglés porque se supone que sólo el  *fucking*  inglés pueden hablar en ese país de mierda, *land-of-the-free*. Nada de español, ¿Ves?, nada que se le parezca. Por eso he decidido, damas y caballeros, que de hoy en adelante, mi lengua lengüita será el *spanish*, ¿qué te parece? El *spanish and I won't speak anything else. Do you understand*, carnal. ¿Qué te pasa? ¿A dónde vas? Te falta una foto, ése. ¿Por qué no me preguntas dónde está el patriarca? No te vayas, no des un paso más o voy por ti.

Conste.

Más te vale. ¿Y el father-man? Ese güey ni sus luces, carnal. Sus luces nunca se prendieron en mi vida. Sí tuve un padre y él sí tuvo un hijo, si quieres te lo puedo dibujar. ¿Ah, no? Pues aunque no quieras, imagínate la foto. *Six foot five*. Grandote, el condenado. Güero güero güerísimo con el pelo lacio color dorado como las pinturitas de aceite marca Testone. Ah, ¿Se parece a mí? Ni de chiste. Mira bien la foto, ése, ¿Qué no lo puedes ver con su portafolio y su *three piece suit* y sus tarjetas de presentación y sus zapatos recién

boleados?, ¿No lo puedes ver? Mírala, mírala. ¿Dónde vas?

No te vayas.

Vendía  *fucking*  aspiradoras de la Kenmore. Unas  *fucking*  aspiradoras que no se descomponían y que recogían los líquidos tan bien o mejor que los polvos, señora, ama de casa, estas maquinatas son una ganga a este precio y además en cómodas mensualidades para que le rinda su dinerito y su hogar quede siempre dulce hogar limpiecito como su vida, señora. ¿Tú crees que ese bato se parece a mí?

Más vale que

nunca

nunca

nunca

me lo vuelvas a decir.

## 12

Ahí viene la policía, *once again*. Viva viva. Ahí vienen a recoger al güero, ahí vienen. Cuáles oficial, cuáles leyes hemos roto, cómo lo llamamos, qué clave le ponemos. 10-38, 10-39, cómo le llamamos, cómo aplicamos el reglamento, qué hacemos con este sujeto pobre sujeto que no tiene nada nada en la vida, se está pasando, se está pasando de listo, se está volviendo gritón y escandaloso y molesta a los que desfilan por la calle y detiene a los transeúntes y les dice, les cuenta, les enseña los harapos de su vida, el pobre, tenía un pasado, se lo quitaron, así así se lo quitaron de encima, tenía un pasado tranquilo que planchaba y podía ponerse en los días de fiesta, no le han dejado nada al pobre poreso estoy aquí molestando arrojando su desilusión por la calle como confeti, sacúdete la cabeza, la traes llena de circulitos de colores, déjelo oficiales, déjelo en su nostalgia, en su pasado, para qué se lo llevan, qué harían con él, qué haría cualquier persona con él, 10-42, 10-43, todo tranquilo, señor policía, mejor ahí lo dejamos y aquí tiene por sus molestias, aquí tiene por el favor que le hace, ahí lo dejamos, le juro que ya no hace escándalo,

me quedo callado, okey, me lo guardo, lo regreso a mi cartera, lo hundo en el fondo de los recuerdos, está bien, está bien, 10-43, 10-28, debería existir una clave para los que tienen roto el corazón.

## 13

Mira esto, Rudy, mi último billete de la noche. Un dolarito justo para la última cerveza. Ni modo, creo que no voy a tener para los sagrados alimentos de mañana. *That's life*. A veces es necesario escoger—¿Cómo te diré?—, seleccionar entre lo que es necesario y lo que es indispensable, entre lo que ayuda a vivir y lo que ayuda a sobrevivir. Eres un buen tipo, Rudy, eres como un ángel de la guarda, triste y resignado a la condición de ser un ángel. Dime la verdad: ¿Cuánta gente conoces que viene a hundir sus penas en esta barra? Chingos y chingos, ¿A poco no? Soy uno de tantos, mis penas son mayores o menores que las de cualquier pendejo. ¿Cómo me clasificas, Rudy? Tú quieres un maestrín del entendimiento humano debes saber qué tipo de borracho soy. A ver, a ver. Inciso a: borracho fulminante. Inciso b: borracho chillón. Inciso c: borracho escandaloso. Inciso d: *all-of-the-above*. Tú debes conocer bien las clasificaciones. Hay unos que se ahogan por puro deleite, ¿No?, por pura diversión porque la sobriedad es muy aburrida y necesitan darle un jalón de orejas a la realidad que están viviendo. ¿No te parece así, Rudy?

—Te digo la verdad, güero: lo único que quiero en este momento es que llegue la hora de cerrar y largarme a dormir.

Sabio Rudy, como siempre. Debe ser muy difícil aguantar a los borrachos; yo no podría hacerlo, sé que simplemente no podría aguantar los enormes rollos que salen de una boca apestosa a licor. Me cae que yo los mandaría a volar, lejos. Se requiere cierta disciplina, como la que tú tienes, Rudy, para aguantarlos. La noche está llena de locos. Nunca sabes cuando tu mejor amigo enloquece y se vuelve otra persona y trata de matarte.

Por eso es mejor desconfiar de todo mundo. No dejar que se acerquen, mantenerlos a distancia, ¿O no?

—Inciso e: borracho paranoico—, me dice el Rudy y tengo la impresión de que será la última clasificación de la noche.

## 14

El cansancio es traicionero. Lo tienes en el organismo como una gripe infernal y sólo quieres dormir, descansar. Laurita, en cambio, se mantiene fresca, ¿Será la edad? Laurita que anda de un lugar a otro con sus clientes, sonriendo, limpiando las mesas, recogiendo los botes y los vasos. El Ciruelo le ha estado hablando desde hace rato, el Ciruelo sentado en una esquina, fumando, echándose un trago bien servido a diferencia de los que generalmente sirven aquí. Laurita no le hace mucho caso, es independiente, ligera, ave transparente. He ahí un problema que está por venir, me lo dice el Rudy, el Ciruelo no es desos hombres que les gusta esperar. Yo procuro no hablar con él, ni me acerco. Es de esas personas con las que hablas una vez y decides ya no volver a decirle nada en toda tu vida. Podría cambiar de congal como ya lo hice algunas veces; lamentablemente, está comprobado que en ningún otro se puede encontrar a una Laurita que te sonría con sus bellos dientes de por medio. Pasarse el tiempo mirándola vale toditas las penas del mundo.

Ya estoy exagerando otra vez, para variar.

Se levanta el Ciruelo con toda la noción perdida de lo que es el equilibrio. Así, caminando como lo hace, no es la mitad de lo que era cuando estaba sentado, pierde toda compostura, ya no es el patrón rudo, parece un títere, parece que alguien, un marionetero, lo mueve desde una altura indescifrable.

Pocas veces un hombre tiene la oportunidad de portarse como un auténtico cowboy. Cuando veo al Ciruelo jalando a Laurita y sacudiéndola, me vienen a la mente las películas que he visto desde niño, esos

duelos a mitad de las calles polvosas, esas victorias de los buenos contra los malos. Busco la pistola y el caballo, no hay nada a la vista, sólo Rudy enjuagando unos vasos y los demás clientes y meseros aparentemente ignorando lo que estoy viendo. Tal vez ellos no vieron las mismas películas que yo, tal vez Alan Ladd nunca baleó al maldito Jack Palance en las películas de sus vidas. Nadie entiende esta invitación a luchar por el honor de una desamparada.

El Ciruelo sacude a Laurita y ella se defiende como puede, luego se arma una escandalera de gritos que los parroquianos siguen ignorando. En las películas siempre hay una cachetada, ella a él o él a ella, siempre hay un manotazo duro y contundente que hace llegar a su clímax el soundtrack del film. Aquí no hay cachetada, ella lo empuja con una rabia hermosa que yo no le conocía.

Comprendo que el momento ha llegado, me levanto a enfrentarme con Jack Palance.

Aunque no hay un espejo cercano que lo confirme, diría que traigo una mirada desafiante y la compostura que sólo puede tener un hombre que se enfrenta a su destino. Por ahí escucho el sonido de las espuelas raspando el piso de madera. Quihubo, *partner*. Me levanto de mi asiento y voy a dar el primer paso, desenfundar con velocidad luz, pero me fallan las piernas y más bien acabo en el suelo. ¡Sóóóóbate! Desde arriba, Rudy se asoma y sonríe. "Qué le pasa, güerito, no te andes cayendo". La verdad es que no ando cayéndome, le digo, ya estoy caído, y con mucha dificultad me levanto. Veo a Laurita saliendo del bar y logro sentarme de nuevo. El Ciruelo regresa a su mesa. Esta vez Alan Ladd estaba borracho. No cabe duda que los tiempos cambian.

—Creo que no te has dado cuenta —me dice el Rudy—, Laurita es la novia del Ciruelo. Al rato regresa, no es la primera vez que pasa.

Me gusta este momento para que Alan Ladd regrese a su casa y se deje de pendejadas.

## 15

De lunes a viernes me dedico a reparar carrocerías. Sacar los golpes de la vida, enderezar láminas, poner bondo, lijar hasta la perfección, rociar de praimer y pintar. Es un buen trabajo, algo que se desarrolla con las manos y que puedes hacer en silencio. Tengo muchos años en el taller. La verdad es que lo hago muy bien.

Cuando salí de la escuela nunca me imaginé que acabaría en este rollo, tenía el espíritu hinchado de tantos estudios, tenía grandes planes para el futuro, tenía mi familia, tenía mis amigos. Si me hubieras visto en esa época, carnal, me cae que no la ibas a creer. Caminaba derechito sin mirar el suelo. Me gustaba la poesía, me cae, así como se oye de ridículo; me gustaba leer poemas y novelas y cuentos y ensayos, todo ese *bullshit* me encantaba. También a mi esposa. Nos pasábamos la noche leyéndonos leyéndonos mientras la niña dormía, a ver quién se acordaba de los versos más chingones. Era una competencia que siempre ganaba ella. Me salía con un autor que me mataba, un verso pequeñito que nos hacía llorar o guardar un largo silencio. Entonces íbamos ambos, tomados de la mano, y nos asomábamos al cuarto de la niña para asegurarnos que estuviera bien, que ese último poema no la hubiera despertado. Estaba dormidita, en paz con el mundo, su pecho subiendo y bajando, lentamente. Sus pestañas rizadas era lo más elocuente que tenía porque todo lo demás era chiquitito, una miniatura que comprarías en la casa de muñecas, uñas, nariz, manos, pies, no había nada similar o mejor en el universo, nada que se comparara.

De repente se acabó. Así como cierras un libro o una puerta o las manos. Plum. El final.

Cada automóvil chocado que llega al taller es un reto. Es un carro que debo dejar perfecto. A mi patrón le encanta que yo sea tan dedicado y tenga tan bien puesta la camiseta de la empresa. Perdónalo, es un pendejo. No se le ocurre que sus obreros

tienen pasado, él piensa que nacieron el día que llenaron la solicitud de empleo. Perdónalo, es un pendejo. Cada uno de mis compas carroceros tiene su propia historia, su porqué está en ese taller. Ninguno que yo conozca puede decir que contestó "Carroceros" cuando era niño y le preguntaban lo que quería hacer cuando fuera grande. La mayoría quería ser doctores, el que más se acercaba quería ser mecánico de las carreras Indianápolis, yo quería ser profesor. Me parecía que era muy decente pararse delante de los demás niños y predicarles La Neta. Bueno, yo era un niño así que *what-the-fuck* podía yo saber. Quizás, si alguien me hubiera explicado lo que hacía un carroceros, lo bonito que es reparar, dejar como antes lo dañado, me habría gustado la idea. Carroceros, por qué no, dedicado a hacer que las cosas sean como fueron, capaz de borrar las huellas de los accidentes, devolver el pasado. Tal vez el niño güerito se hubiera parado y dicho ¡Carroceros!, simón, porque en mis manos estaría cambiar al mundo.

No aprendí carrocería en la escuela, eso vino después. Si no, por lo menos tendría todavía mi carro. Estaría viejito pero con fuerzas. Tal para cual, el dueño y el carro, diría la raza.

Ese carro no lo pude reparar. De seguro se fue al cielo, el pobrecito, adónde más. Por eso le meto tantas ganas a mi trabajo, imposible explicárselo a mi patrón pendejo, cada golpe que saco, cada trabajo terminado es reparar mi carro que está en el cielo, me cae, y lo he hecho durante tantos años que te puedo asegurar que el carro ya está nuevecito, brillante, como cuando lo sacamos de la agencia.

Hubieras visto los ojos de mi señora cuando le puse las llaves en la mano.

## 16

Ah pues sí, semejante estúpido. Asimismo se habrá enterado el pendejo de Copérnico que los planetas giraban alrededor del sol. Algo tan obvio como eso, carnal, algo

en mis narizotas que tal vez nunca en la vida se me hubiera ocurrido. El pendejo de Copérnico también habrá recibido la idea de un desolado barténder. De qué otra manera pudo haber sido. Laurita también es un sol, ¿Por qué voy a pensar que soy el único planeta que gira alrededor de ella?, ¿Por qué no me imaginé otras órbitas con otros planetas y otros satélites y las estrellas y meteoritos y asteroides y el Ciruelo? *Fuck*. Y luego los imbéciles ni así le creyeron a Copérnico, pobres, ilusos, fanáticos, insolentes, borrachos, mediocres.

Ahora, dónde está Laurita, por cuál vía láctea, por cuál callejón. ¿A poco supernova y para siempre adiós? Pinche pendejo Copérnico, por qué no me dijiste.

—Calmado calmado, Mister Melodramático —se burla el Rudy—, vas a ver que esa morra siempre regresa.

## 17

La calle está despierta para todos menos para ti. Esto es definitivamente lo malo de quedarte sin dinero. Cuando ya estás chupando el último cigarro, cuando das el último golpe y el humo se escurre despacito de tus pulmones, es mejor pensar en el regreso, encaminarte hacia la realidad, decirle *good-bye* a esta novecita o decirle *okey okey, see you next week*.

No voy a decir que no contaré los días hasta el próximo sabadito; ni modo, en el fondo soy un sentimental como cualquier abuelito de Heidi. Sin embargo, no voy a clavarme en ese rollo. Nada es como estar sentado tanto tiempo que ya eres parte de la banqueta, igual que un semáforo. Nomás que yo no sirvo para dirigir el tráfico, dejaría pasar a todomundo en todomomento, nunca una luz roja, un amarillo de vez en cuando, verde y verde y verde para carros y personas por igual. En un mundo donde yo dirigiera el tránsito, nadie chocaría ni atropellaría porque el tránsito sería del espíritu, carnal, viajes astrales *and-all-that-Shirley-Maclaine-bullshit*,

las almas flotando como ahorita mi conciencia de borracho, ahí va el alma de un taxista, bye-bye taxista, por allá va el alma de un travesti, bye-bye travesti, miren miren, el alma de una bailarina, mamacita, bye-bye bailarina, bye-bye mamacita. Lo mejor es ya no volver a tomar, venir la próxima semana, sentarme en mi esquina y no beber una gota. Sí, cóóóóo no. Si la mitad deste buen viaje es la cerveza, tequila, whiskey, mezcal, vodka, lo que sea. Okey okey, digamos que no soy el poster-boy de alcohólicos anónimos, sólo soy un borracho decente, calmado, ¿Ya dije decente? Que me perdonen las almas morales si es que las he ofendido, bye-bye almas morales. Ni siquiera puedo continuar con esta dirección del tráfico. Sorry. Se me acabó el cinco y sinuncinco no soy otra cosa que un borracho *light*, de esos que no vale la pena reconocer en la calle porque sólo se acercan a pedirte feria o cigarrillos.

—Ya estás hablando solo, güero.

Me sorprende con su voz de ángel. A esta hora sólo hay ángeles y borrachos en la calle.

—Mira quién se aparece por estos rumbos, la perdida.

—Yo no soy ninguna perdida.

—No no no no no, no lo digo en el sentido de Agustín Lara, lo digo dirigiéndome a la beibi que andaba buscando.

—Ay, ¿a poco me andabas buscando?

Quisiera decirle: Laurita la delgadita eres como un alka seltzer, como una tacita de café caliente. Le digo:

—*Of course. Sit down, my dear.* ¿Traes un cigarrillo para un borrachito? Gracias. Te he buscado toda mi vida. *That's the truth.*

—Voy, voy.

—Simón. Aunque tú me digas "qué te pasa si yo no he circulado los mismos años que tú", no importa: te he buscado toda mi vida.

—Se me hace que estás pasadito; de todos modos, ya sabes que me caes bien.

Quisiera decirle: tú me caes en el corazón y lo agarras de trampolín. Brinca brinca,

corazón. Le digo:

—Cómo no, mija, es que sientes la vibra.

*Do you feel like I do?*

—A veces te has pasado de listo, me has ofendido gacho. Yo me acuerdo que una vez...

Quisiera decirle: por ti compraría un rancho donde yo pueda tener un arado y una parcela. Le digo:

—Hey hey hey, si no me acuerdo nunca pasó.

—Qué cabrón.

—Guasumara, beibi.

—Ya me quedé sin trabajo, güero.

Quisiera decirle: te llevaría a ese rancho y te diría "esto es lo que tengo y ahora es tuyo". Le digo:

—No te agüites, mija, ya era hora de cambiar, ¿cuántos años tenías aquí?

—Tres meses.

—¿Tan poquito?

—Sí, bien poquito, ¿creíste que era más?

Quisiera decirle: ahí me pararía en la puerta del rancho con mi escopeta cuidando que no vinieran bandidos a molestarte. Le digo:

—Pues, bueno, cuando uno tiene sentimientos tan profundos por una persona, es decir, como los míos, uno supone que deberían comenzar hace unos diez mil años; esto es, si se quiere suponer que los sentimientos son verdaderamente importantes. ¿O no?

—Quiénsabe, no sé.

—Sí sí, aunque corra el riesgo de escucharme como un tipo muy acá, debo decirte que muchas veces el amor trasciende las edades. Encuentros como éste, como el nuestro, no se pueden ignorar. El río fluye en una dirección íntima, común a los dos.

—Uy, nunca te había oído hablar así, tan bonito.

Quisiera decirle: "y en ese ranchito...", quisiera ser más original, lo que pasa es que estoy muy dañado de tanto ver películas del Indio Fernández. Le digo:

—Hay un momento para todo, Laurita.

—¿Cómo le haces pa saber tanto?

—Pos leyendo, mija.

—¿De veras has leído tanto?

—Tanto como para colmar estos sentimientos profundos que siento por ti.

Quisiera decirle: no cabe duda que la cursilería cumple una función muy importante en la vida.

Me dice:

—¿Cuáles sentimientos profundos si yo ni siquiera sé cómo te llamas?

## 18

¿Cómo te llamas, güero? Nunca me has dicho tu nombre.

Hace mucho que nadie me preguntaba eso, mija.

Ándale, dime, ¿cómo te llamas?

¿Para qué quieres saber?

Nomás, nomás. Tú ya sabes mi nombre y yo no me sé tuyo.

Así es la vida, mija, una gran balanza con ventajas por un lado y desventajas por el otro. Yo, por ejemplo, tengo la ventaja de saber cómo te llamas.

—No estés jugando y dime tu nombre.

—Para qué.

Ándale, dime. Por favor.

—Okey. Me llamo Jean Claude Van Damme.

¿Qué te parece?

—Uy, que nombre tan raro.

—¿Te gusta?

—A ver, ¿Me lo dices otra vez?

—Jean Claude Van Damme.

—Sueno bonito, pero me daría miedo repetirlo.

—Sí, mejor no lo hagas, mija, mi nombre no se lo merece. Mejor dime tu nombre al oído, despacito despacito, y repítelo toda la noche hasta que cada minuto lo guarde, respirando, en las entrañas de su reloj.

## 19

¿Qué voy hacer contigo, eh? Se me ocurren muchas cosas, Laurita, no estoy seguro por dónde empezar. ¿Cuántos años tienes?

La verdad, eh. Dieciocho, *never*. ¿Qué te parece dieciséis? ¿Mentiritas? Qué caso tiene. Dieciséis como mi niña tendría dieciséis. Como mi linda niñita. Terrible pensarlo. Terrible. Mejor no lo pienso, mija. La nostalgia, la pinche nostalgia ya no es lo que era. Ella sonreía también, como tú, con toda su hilera de dientes blancos, ¿Sabes? Terrible terrible. Mejor ahí la dejamos, mejor. Que este cuarto feo en este hotel de tercera sea testigo de que nunca toqué a Laurita la delgadita, de que la dejé sana y salva, libre de tentaciones mundanas aunque la tuve al alcance de mis dos manos lujuriosas. El que no ha pecado que arroje el primer condón. Sorry, niña. *It's not my style*. Estarás bien para el Ciruelo, eso a mí no me va ni me viene, asunto de ustedes dos. Así que deja de reír o de llorar o de cualquier cosa que hagas. Aquí no pasó nada, beibi. Tú eres el retrato de mi niña que me hacía falta, ese retrato que nunca pude tomar ni cargar en mi cartera, el retrato de los dieciséis años que nunca cumplió. Mejor ya me voy, beibi, mi esquina me está esperando, alguien por ahí pudiera estarme buscando, algún ángel solitario con ganas de invitarme una cerveza a cambio de escuchar sus pendejadas, *it's alright with me*, beibi, mientras caigan las botellas este bato será el oído del mundo, mija. *I've got nothing to loose*. Me voy, Laurita, me voy. Es cierto que siempre he querido tenerte en un hotel, tirada sobre una cama como ésta. Es cierto que ha sido mi fantasía recurrente. Es cierto que eres como un premio. Es cierto que tengo la idea de que te merezco aunque sea por una noche, que una beibi como tú sería el merecido trofeo por la vida agria de cualquier pobre hombre. Es cierto. ¿Por qué me voy? Muy buena pregunta, mija, y te la voy a responder. Me voy porque en la vida del ser humano... esteeeeeee... en la vida... llega el momento de la verdad... Sí, llega el momento deeeeeeeee... llega el momento de simplemente decir ahora es cuando debo detenerme, ¿Ves?, delante de patrasas, ¿Entiendes?, cuando debo decirme

que tengo el derecho y la voluntad de vez en cuando, al menos, de no hacer lo que quiero hacer con el cuerpo... y el alma... Laurita, delgadita y hermosa y caliente y divina. La verdad es que no hay mujer más perfecta que la mujer que uno tiene en la cama, por más imperfecto que sea uno.

Laurita delgadita y seductora:

Ya era hora que le echaras tus ojitos a este viejo de limón.

Chiquilla:

He estado rogándote por tus atenciones, ¿Qué no te has dado cuenta?

Laurita, Laurita, Lauritaaaaaaaa:

Cómo te tardaste pinche Laurita, ¿Crees que tiba estar esperando toda mi *fucking life* hasta que te decidieras?, *Of course* que lo hubiera hecho.

Laurita perfecta, entrante y saliente, Laurita de mi corazón latiendo:

Claro que me acuesto contigo, *what the fuck*.

¿Crees que voy a dejar escapar mi mejor momento?

## 20

Dominguito en la mañana. La verdad es que este bato no está nada mal, todavía le funciona bien la máquina. Eso sí, con Laurita no tuve mucho tiempo de aventarme el discurso de "nos guachamos *next week*", cuando desperté la princesita ya no estaba ahí, se había desaparecido, quizás convertida en Cenicienta y su taxi en calabaza. *Who cares*.

Este es un buen domingo, no es como otros. Salgo del hotel y la vida me recibe como un compadre, con un abrazo fuerte y unas palmadas sonoras en la espalda. De cualquier forma, yo supongo que Laurita la delgadita no se puede archivar igual que otras morras. Aquéllas nunca regresaron, por más que llovieron promesas de aquí para allá y de allá para acá, yo permanecí en mi esquina y ellas nunca regresaron. *That's life*. Yo creo que con Laurita la situación es distinta porque tiene que volver, al menos si el Rudy no se equivoca.

Me parece que el próximo sábado será un buen día para que el Ciruelo muerda el polvo, sí. Se me hace que ya llegó su hora y besaré el piso como Jack Palance y todos los de su calaña. Entonces, Laurita, ya sabes que testoy esperando y que te llevaré montada en mi fiel caballo hacia el legendario *sunset* de nuestros sueños, ahí donde la palabra FIN dará comienzo a nuestra vida juntos. Juar juar. Cómo no.

Me despido desta calle, de sus congales, de sus farmacias y de sus restaurantes. Más bien, yo diría –y perdón que me contradiga tan rápido– que lo mejor será cambiar de congal para la próxima semana, tal vez moverme desta esquina no sea mala idea, sentarme dos cuadras adelante. Me han dicho que por allá también hay buenas esquinas. Superado el asunto de Laurita, ya es tiempo de emprender la mudanza, el cambio de escenario. No sé, no sé. La verdad: del dicho al hecho, qué importa.

Me despido de los amigos y los policías que ya se fueron a dormir, me despido de doña Azucena que nunca me responde el saludo y de doña Margarita que lo responde demasiado. Los dominguitos son para descansar, ver el futbol, vaciar de cervezas el refrigerador, regar el jardín con el producto de mis riñones, molestar a los vecinos, etcétera. Onda de gringos.

–Hey, doña Margarita: ¿usted cree que soy un gringo? Dígame la verdad.

–Qué otra cosa, mijo, un gringuito como todos.

–Dolor, dolor. Sus palabras me lastiman.

–No seas así, güero. Ya sabes que todos los domingos salgo a buscarte.

–No empiece, doña.

–Ahora sí llévame contigo. Andale. Tú sabes cuando el amor es bueno, ¿A poco no lo sientes?, ¿Para qué te resistes?

Es hora de acelerar el paso. Ella me quiere guardar en su monedero con el resto de sus cacharpitas. Mejor ya váyase a dormir, doñita, le cuelgan las ojeras hasta el piso.

Pero ella me sigue, me alcanza.

–Mira, güerito, traigo mi pasaporte. Llévame contigo, no seas malo.

¿El pasaporte? Trae también su maleta y su vida bien dobladita junto a sus pantaletas y brasieres. No, *thank you*. Este buque ya zarpó y comienza a perderse de vista. Despidase, Margarita. Ahora sí se planta la palabra FIN en el horizonte y se acaba esta conversación. Por eso mejor le corro, rápido rápido me alejo desta calle y desta ciudad y desde país.

Si vas a huir, que sea de una mujer. Esa es la moraleja, la conclusión para todos los que conocen mi vida. Y cuando tienes la oportunidad de alejarte de una mujer, hazlo ya, no pierdas el tiempo. El próximo sábado, doña Magui, nos guachamos *next week*.

–Por aquí voy anda, mijo, ya conoces...

–Simón –le digo desde muy lejos, desde ese punto en la distancia donde sabes que ya nadie te puede escuchar. Desde ahí y todavía unos pasos más adelante.

## San Quintín 106

Te invita a que envíes tus colaboraciones. Se aceptan cuentos, relatos, crónicas y fragmentos de novelas (terminadas).

Sólo si tu texto es seleccionado por **La Celda de Trabajo**, se te informará a vuelta de correo junto con el cheque por tu colaboración y la fecha en que será publicado.

¡Nos leemos!

### Estantería



**BRECHAS**  
Antología  
Dif. Cultural de la Región del Evora/Varios  
1995



**CIMENTOS DE LO NUESTRO**  
Antonio Tamez Tejeda (Ant.)  
UDEM Cuadernos de la Ventana/Historia  
1996

## LOS REOS DE ESTE NUMERO

### David Ojeda Alvarez

San Luis Potosí, S.L.P. 1950. Lic. en Derecho.  
 Coordinador de la Editorial Ponciano Arriaga, de la Casa López Velarde  
 Asesor Jurídico del C. Gobernador del Estado de S.L.P.  
 El último de sus libros publicados se titula *Los testigos de Madigan*.

### Ariadna Ramírez Garagorri

México, D.F. 1968. Lic. en Mercadotecnia.  
 Participa en el taller literario de la UDEM.  
 Actualmente se desempeña como consultora independiente  
 en las áreas de comunicación e imagen y filantropía corporativa.

### Mario Anteo Hinojosa Espinoza

Monterrey, N.L. 1955. Lic. en Letras Españolas.  
 Autor de *El reino en celo* y *Las trampas del jardín*.  
 Actualmente es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes  
 y de la Fundación Rockefeller.

### Graciela Lucía España Lozano

Monterrey, N.L. 1964. Lic. en Letras.  
 Profesora de preparatoria del ITESM, Campus Garza Sada y de la Facultad de Comunicación  
 de la Universidad Autónoma de Nuevo León. El relato incluido forma parte  
 del libro *Asedio*, próximo a publicarse.

### Eligio Coronado González

Monterrey, N.L. 1948.  
 Ha publicado once libros, el más reciente *Antología de la poesía nuevoleonense*.  
 Ha colaborado en publicaciones nacionales, así como en Guatemala, España y Japón.  
 En 1994 fue maestro del Colegio de Escritores de la Frontera Norte en Monterrey.

### Luis Humberto Crosthwaite

Tijuana, B.C.N. 1962.  
 Ha publicado los libros *Marcela y el rey al fin juntos*, *Mujeres en traje de baño*,  
*El Gran Pretender*, *No quiero escribir no quiero* y *La luna siempre sera un amor difícil*.  
 En 1992 recibió el Premio de Testimonio Chihuahua por su libro *Lo que estará en mi corazón*.

### Julián Hugo Guajardo Esparza

Monterrey, N.L., 1963.  
 En más de 20 años dedicados al quehacer fotográfico, ha ilustrado con su trabajo diversos  
 periódicos y revistas. Ha participado en nueve exposiciones colectivas y dos individuales en  
 diferentes estados de la República Mexicana y su trabajo le ha valido premios y reconocimientos  
 en concursos fotográficos. Actualmente radica en Zacatecas y es editor de la gaceta "TurisTips".



## CARTELERA MENSUAL NOVIEMBRE DE 1996

### CINE

Cine Club  
 Revisiones del Cine Mexicano  
 Coord. Rogelio Reyes  
 Noviembre 6, 13, 20 y 27 19:30 hrs.  
 Tercer Piso  
 Casa de la Cultura de Nuevo León

### CIRCUITOS MUNICIPALES

PROGRAMA DE FORMACION  
 Y DESARROLLO TEATRAL  
 Talleres de actuación y  
 asesoría a grupos  
 Noviembre 2, 9, 16, 23 y 30  
 a las 12:00 hrs.  
 Centro Cultural La Pérgola  
 San Nicolás de los Garza, N.L.

PROGRAMA DE FORMACION  
 Y DESARROLLO TEATRAL  
 Talleres de actuación  
 y asesoría a grupos  
 Noviembre 2, 9, 16, 23 y 30  
 a las 12:00 hrs.  
 Teatro de la Ciudad  
 Linares, N.L.

Aguatintas de Lola Cueto  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de Allende, N.L.  
 Museo de Allende  
 Allende, Nuevo León

Sentimientos de Manuel Durán  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de García, N.L.  
 Casa de la Cultura  
 García, Nuevo León

El Paisaje del Noreste  
 Exposición de Acuarelas  
 Manuel de la Garza  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de García, N.L.

Casa de la Cultura  
 García, Nuevo León

Joyas Coloniales  
 Exposición de Acuarelas  
 Sergio Chávez  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura de  
 Dr. González, N.L.  
 Centro Cultural La Casona  
 Dr. González, Nuevo León

Los Rostros y Los Días  
 Exposición de Dibujos  
 Alfonso Reyes Aurrecochea  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de Anáhuac, N.L.  
 Centro Cultural Anáhuac  
 Anáhuac, Nuevo León

Estampas Mexicanas  
 Litografías  
 Pablo O'Higgins  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de Vallecillo, N.L.  
 Casa de la Plomada  
 Vallecillo, Nuevo León

La Revolución Mexicana:  
 SINTESIS de una Identidad  
 Exposición de fotografías  
 y textos sobre la Revolución  
 Mexicana  
 En coordinación con el  
 Patronato del Museo Bernabé  
 de las Casas de Mina, N.L.  
 Museo Bernabé de las Casas  
 Mina, Nuevo León

Naguales  
 Manolo Cocho  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de Bustamante, N.L.  
 Centro Cultural

Jorge A. Treviño  
 Bustamante, Nuevo León

Viacrucis  
 Exposición de Imágenes de la  
 Representación del Viacrucis  
 Luis Alférez  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de Villaldama, N.L.  
 Museo de Villaldama,  
 Nuevo León

Sol de Monterrey  
 Exposición Colectiva  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de Agualeguas, N.L.  
 Casa de la Cultura  
 Agualeguas, Nuevo León

Antología Gráfica para  
 Alfonso Reyes  
 Exposición de Dibujos sobre  
 vida y obra de Alfonso Reyes  
 Gloria Correa  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura de  
 Agualeguas, N.L.  
 Casa de la Cultura  
 Agualeguas, Nuevo León

Pintores Contemporáneos  
 de Nuevo León  
 Exposición colectiva  
 de Pintores del Estado  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura  
 de Santiago, N.L.  
 Centro Cultural Santiago  
 Santiago, Nuevo León

Temple y Grandeza de  
 Nuevo León  
 David E. Fern  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura

de Linares, N.L.  
 Sala de Exposiciones  
 Teatro de la Ciudad  
 Linares, Nuevo León

Antiguas Capillas de  
 Nuevo León  
 Exposición de Acuarelas  
 Antonio López Oliver  
 En coordinación con la  
 Dirección de Cultura de  
 Lampazos de Naranjo, N.L.  
 Museo de Historia y de las  
 Armas Nacionales  
 Lampazos, Nuevo León

### CONVOCATORIAS

Financiarle 6a. Edición  
 Cierre de convocatoria,  
 Noviembre 4

### EXPOSICIONES

LOS QUIJOTES DE SIEMPRE  
 Replicas fotográficas de  
 números de aniversario  
 de la revista siempre  
 Exposición colectiva  
 En coordinación con  
 la Revista Siempre  
 Inauguración: Viernes 8 de  
 Noviembre, 20:30 hrs.  
 Paraninfo de la Pinacoteca  
 de Nuevo León

SEGUNDA MUESTRA DE  
 ALTARES DE MUERTOS  
 Exposición colectiva  
 Inauguración: Noviembre 2,  
 19:00 hrs.  
 Segundo y Tercer piso  
 Casa de la Cultura  
 de Nuevo León  
 Permanencia: del 2 al 8  
 de noviembre de 1996.

### Premio Nacional de Literatura 1996 / IMPAC "Monterrey 400"

FALLO DEL JURADO  
 Monterrey, N.L. 15 de octubre de 1996

Reunidos en las oficinas del Consejo para la  
 Cultura de Nuevo León, el jurado del Premio  
 Nacional de Literatura 1996 / IMPAC "Monterrey  
 400" constituido por Luisa Valenzuela como  
 juez internacional, Hernán Lara Zavala  
 como juez de la ciudad de México y Miguel  
 Covarrubias como juez del Estado de Nuevo  
 León, decidió otorgar por unanimidad los  
 siguientes premios:

En el rubro de Novela al libro *El año del  
 Fuego del Escritor David Martín del Campo*

por considerar que trasciende la anécdota  
 histórica para inscribirse en una temática de  
 resonancias universales con un lenguaje  
 personal y altamente novelístico.

En el rubro de Creación Literaria Infantil al  
 libro *Poemas de juguete* de Antonio  
 Granados por su calidad lúdica y creativa  
 capaz de avivar la imaginación infantil  
 abriéndole las múltiples puertas de la  
 poesía.

En el rubro de Ensayo inédito sobre los 400  
 años de la ciudad de Monterrey, al libro  
*Visión de Monterrey* firmado con el seudónimo

de Gabilondo Soler(\*) por considerar que  
 ofrece una visión crítica de la ciudad desde  
 su fundación a nuestros días y que acomoda  
 en una historia legítima a los primitivos aborige-  
 nes, siempre olvidados.

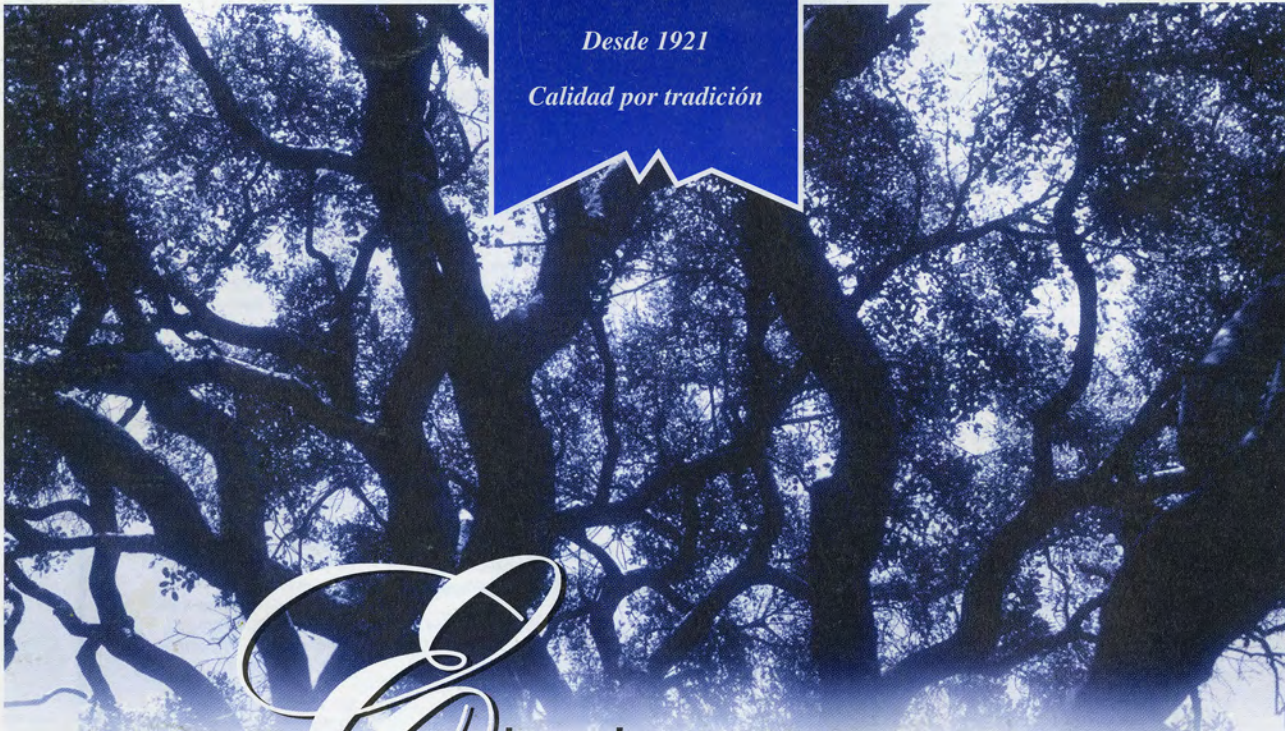
LUISA VALENZUELA  
 HERNAN LARA ZAVALA  
 MIGUEL COVARRUBIAS

(\*) El seudónimo correspondió al escritor  
 Abraham Nuncio  
 (Nota de la Celda de Trabajo).



**AZCUNAGA**

*Desde 1921*  
*Calidad por tradición*



*E*l suelo por más rico que sea,  
no puede dar frutos si no se cultiva;  
la mente sin cultivo tampoco puede producir

S e n e c a

A Z C U N A G A   e n   a p o y o   a   l a   c u l t u r a